

I CONCURSO DE RELATOS TDL—HUMOR (2007)

Las votaciones se realizarán en www.sedice.com, en el hilo titulado “**I Concurso Relatos Humorísticos: VOTACIONES**” dentro del grupo de creatividad literaria “**Tierra de Leyendas**”. Tanto el hilo como las fechas vendrán reflejadas en el bloque “**Agenda Sedice**” mientras dure el evento.

Las votaciones serán en abierto en dicho hilo. Cada usuario que pueda y quiera ejercer de juez, tendrá que votar obligatoriamente a 8 de los 19 relatos presentados, otorgándoles puntuación de 4, 3 y 2 puntos a los tres que considere mejores, y 1 punto a los 5 restantes que le hayan gustado. Dicho de otro modo, ordenando de mayor calidad a menor calidad, las puntuaciones serán en este orden:

4,3,2,1,1,1,1

Las votaciones tienen que ser claras. El custodio se reserva el derecho de anular cualquier votación que considere dudosa en cualquier fase del concurso.

Los autores tienen la obligación moral de ejercer de jueces de los demás participantes. Por lo tanto, será penalizado con —10 puntos si al finalizar la votación no han ejercido su derecho a voto.

Los votos "extraños" serán estudiados por si fueran susceptibles de ser sancionados. Si se descubre una "doble personalidad", el infractor será expulsado de la web. Los votos cuyos indicios sean suficientes como para pensar que fueron por amiguismo serán sancionados, así como la filtración de la autoría de las obras será también penalizada. Cualquier actitud destinada a degradar el presente concurso será también penalizada. El custodio y los administradores de www.sedice.com serán quienes decidan y apliquen las sanciones al usuario infractor.

IMPORTANTE: Si algún usuario de [sedice.com](http://www.sedice.com), ya sea autor, jurado o simple usuario, detecta alguna irregularidad, debe comunicárselo por privado al custodio, quien decidirá si una actuación es sancionable y si merece ser estudiada por los administradores de la web.

El resto de cuestiones que se planteen, serán resueltas por el custodio y los Administradores de [Sedice.com](http://www.sedice.com).

¿Quién puede ejercer de jurado?

El jurado estará compuesto por cualquier persona que cumpla **al menos UNO** de estos requisitos:

- Los autores participantes en el presente concurso, quienes no podrán votarse a sí mismos. Al autor que no haga uso de su derecho a voto se le descontarán 10 puntos en la clasificación de su obra.
- Cualquier usuario registrado en www.sedice.com antes del 1 de marzo de 2007 y que tuviera más de 100 mensajes en los foros en el momento de emitir su voto. Si se percibe que un usuario ha alcanzado los 100 mensajes de forma sospechosa, su voto será anulado.
- Cualquier usuario registrado en www.sedice.com que tenga menos de 100 mensajes en los foros, pero haya participado en al menos uno de los concursos literarios de esta web.

Dicho esto, esperamos disfrutéis de la siguiente lectura.

La “joyita”

Velas y petalitos de flores desperdigados por el suelo, junto con densas nubes de vapor de agua, hacen de un lugar utilizado para otros menesteres un rincón de romántico desenfreno.

Igual que un tanque de acuario reboza al saltar la ballena, se derrama el agua ante los envites apasionados del “*machus ibericus*” encastrado en la bañera, quien, cegado por el ardor del momento, no presta atención ni a las rojeces que afloran en unos muslos demasiados grandes para tan apretado lugar, ni al continuo tira y afloja que produce en el cordoncito de un tapón situado en el centro de tan improvisado lecho de amor.

Es entonces, cuando más emocionado se encuentra nuestro espécimen, derramando agua cual boca de riego; el momento en que un desagüe se destapa, y un rugido como el de tripas de un hambriento inunda el ambiente.

Sólo dura un momento.

Un quejido y un lamento.

Un grito y un sollozo, acompañados de un parón instantáneo del empuje amoroso, sumen en la calma la tormenta acuática. El oleaje ha cesado, y el remolino que succionaba, en un leve descenso de agua se ha transformado.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué te paras? ¿Por qué lloras?!

Luis no contesta nada. Sólo solloza. Y una y otra vez levanta la parte de su espalda partida en dos.

—María no puedo... ¡No puedo sacarlo!—dice llorando— Mi “joyita” izquierda está atrapada.

—¿Cómo?!—se sobresalta María mientras con su mano tantea—¡Dios mío! El desagüe se lo ha tragado.

—¡Corre!, ¡llama al vecino, es fontanero y lo mismo sabe qué hacer con mi huevo!

María salió de la bañera, agarró un albornoz, y al rato regresó con Emilio, el vecino. Quien, accediendo desde atrás, con reparos, empezó a palpar.

—Esto está jodido. No sé cómo se habrá colado, pero si el atrapado es igual que el que te he palpado, de una cosa estoy seguro. Y es que por ahí, no puede salir.

Luis desesperado y con lágrimas en los ojos le pidió a María que llamara a la policía. Pensaba que ellos, lo mismo, harían algo por una vez en la vida.

Media hora más tarde, dos policías entraban en el baño. Como buenos profesionales se enfundaron guantes de látex y comenzaron a explorar. Luis, azorado ante tocamiento tan atento, sólo se lamentaba de que la tierra no se lo hubiera tragado... entero.

—Compañero—dijo el policía que más tiempo palpó la situación—, llama al Samur y a los bomberos, que aquí nosotros sólo miraremos.

En la frutería del barrio, el tendero y las marujas, comentaban entretenidos el desfile de coches y sirenas.

Al mismo tiempo en un baño se agolpaban una mujer nerviosa, un vecino fontanero, dos policías, tres enfermeros y un retén de bomberos.

Y en una bañera, observado por todos, Luis acabó pensando que sus partes eran las de un santo, ya que todo el que había entrado, directamente, se las había tocado.

Desesperado, comenzó a gritar pidiendo unas toallas que al menos taparan su trasero.

Esos gritos activaron a los mirones. Su mujer abrió un armario y cogiendo una toallita rosa con puntillitas, cubrió las cachas de su esposo. Pero lo mejor fue que por fin alguien propuso una solución. Se trataba del jefe de bomberos, quien mando a dos de sus “palpadores” al piso inferior con la orden de romper el techo hasta encontrar la avería de la cosa atascada. Luis respiró aliviado. Tal vez, dentro de poco, volvería a ponerse unos pantalones cubriendo sus dos testículos¹.

¹ Anulamos la palabra soez, pero todo el mundo sabe cual es.

Las marujas seguían elucubrando el motivo de tanto ajeteo cuando llegaron dos coches negros, seguidos de un autobús electoral, y pararon delante del portal. Con asombro, vieron que uno de los que bajaba era el candidato que luchaba por ser alcalde. Después de saludarlas como manda la campaña, acompañado de fotógrafos y guardaespaldas, entró en el bloque.

Su destino era lógico. Un lugar con tanta concurrencia era un buen sitio para poderse promocionar. Primero entró un fotógrafo que corriendo se subió a la taza del retrete para que en la instantánea saliera mucha gente. Luego entraron los guardaespaldas empujando a todo el mundo y dejando una vía libre entre la bañera y la puerta. Y, por último, el electo, con su sonrisa “profiden”, apareció en el baño. Igual que antes con las marujas, saludó al entrar. Luego comenzó a hablar para todos los presentes en general y para Luis en particular.

—¡Puedo prometer y prometo que cambiaré todos los desagües de la ciudad para que nadie más se pueda enganchar!

—¿Y a mí eso de que me va a servir?!—preguntó exasperado Luis.

—Pues verás...—comenzó el electo con tranquilidad—, así, al menos, no te engancharás el otro huevo.

Y dándole una palmada en las nalgas, le dejó una pegatina pegada en la toallita que decía: “*Vótame, será por tu bien*”.

Luis no echó más cuenta al candidato. Unos martillazos, provenientes del piso inferior, comenzaron a escucharse. Se le iluminó el rostro. Ya faltaba menos para sacar su dicha del “*πορρο*”.

En el piso de abajo, la vecina contemplaba como dos bomberos rompían el techo de su baño —había accedido intrigada por lo sucedido a su vecino—, tiraban la escayola y comenzaban a abrir un agujero en las bovedillas. Al cabo de un rato de martillazos, y entre todo el polvo levantado, ella fue la primera que lo vio.

—¡Dios mío!, ¿eso es de mi vecino? ¡Pero si parece un higo!

Los dos bomberos miraron lo señalado por la mujer y comprobaron que, en verdad, aquello estaba más arrugado que una pasa.

—¿Tú crees que con un tironcito pueda salir?

—Lo veo difícil. Tal vez..., si estuviera un poquito más encogido..., lo mismo..., él tirando y nosotros empujando...,— y lo agarró apretando.

Luis dio un respingo de dolor, pero aquello no se soltó.

—¡Qué me duele, joder!—gritó—. ¡Un poquito de por favor!

—Lo siento. Estaba probando—se escucho una voz apagada a través del fondo de la bañera—. Está claro que todavía está muy gordo.

—¿Qué hacemos?, ¿se te ocurre algo?—preguntó a su compañero el bombero que apretó.

—¿Y si se lo encogemos?

—Mira él que listo—resopló con ironía—¿Cómo? ¿Le pelamos el huevo?

—No tonto—replicó con confianza—. ¡Con hielo! ¿Acaso a ti no se te achichan cuando tu mujer te lo pone encima?

El otro lo miró con extrañeza.

—Eso último...—comenzó, pero enseguida decidió no continuar. Sobre las prácticas sexuales de su compañero prefirió no saber más.

El de la idea, algo colorado por lo que se le había escapado, se giró hacia la mujer pidiéndole unos cuantos cubitos de hielo. Ella asintió muy seriamente —iba a ser parte importante en el rescate del vecino—, pero cuando regresó de la cocina venía triste y abatida. Hielo no tenía.

El bombero no se derrumbó ante tal adversidad y, con decisión, le pidió cualquier cosa que estuviera helada.

La mujer volvió a correr y esta vez, cuando entró de nuevo en el baño, venía gritando feliz.

—¡Encontré esto congelado!, ¡son dos filetes empanados!

El bombero, con toda la profesionalidad que le caracterizaba, tomó entre sus manos sendos filetes y, esta vez delicadamente, envolvió la cosa colgante.

Las marujas hacía rato que habían terminado de comprar y, encendidas por todo el cotilleo que podían perderse, tomaron la decisión de entrar en el bloque a ver qué pasaba. Estando en el portal escucharon los últimos golpes del martillo. Y por curiosidad comenzaron a subir. Cuando iban por el descansillo del primero un grito les asustó. Pero eso sólo sirvió para aumentar su curiosidad. Iban ya por el tercero cuando a Luis le aplicaron los empanados, pero de eso no se enteraron. Cuando llegaron al cuarto, una puerta abierta por la que se escuchaba “*tira tú puedes*” o “*vamos machote que te haré concejal*”, fue una tentación demasiado grande.

Entraron en tropel al baño aumentando el número de testigos que vieron como Luis, con un último gemido, lograba soltarse.

Nunca se supo quien fue —recordemos que los mirones en el baño eran más de veintitrés—; pero es seguro que uno de ellos, después de verlo en pie y desnudo, fue quien contó en toda la ciudad, que Luis, por culpa de un tirón, tiene un huevo colgón.

El humor más atrevido...

El jefe de estación levantó su banderín rojo y el tren lanzó un pitido agudo al tiempo que las ruedas comenzaban a girar haciéndole salir de la estación. Le costó tomar velocidad porque el terreno era montañoso, a lo largo del trayecto había muchos puentes sobre corrientes vertiginosas y largos y lóbregos túneles. El revisor se cercioró de que el viaje se iniciaba sin contratiempos y se dispuso a iniciar su recorrido, pero antes se miró un instante en el espejo. La sombra de ojos se le había corrido así que la retocó con maña y ya de paso recubrió sus labios de una gruesa capa de carmín y se empolvó las mejillas para disimular la barba. Se ajustó la gorra azul y alisó la chaqueta sintiéndose tan chulo como un San Luis. Le sopló un beso a la imagen del espejo y salió catar el pasaje que le había deparado el Señor.

En el primer compartimento un joven excelentemente trajeado de gris marengo, con un pañuelo fucsia asomando descuidadamente por el bolsillo superior de la americana le recibió con gesto ceñudo. Soltó la mano de su mujer para entregarle los billetes, al tiempo que se quejaba del aire acondicionado. Sin hacerle ningún caso, el revisor fingió mirar los pasajes sin quitar ojo del tercer pasajero: un montañero modelo armario de dos cuerpos, con unos pectorales que amenazaban reventar la camiseta y una barba de tres días que comenzaba a rizarse. Por desgracia para él, sus ojos azules devoraban sin disimulo a la esposa del petimetre, una rubia espectacular, vestida, es un decir, con un vestido rojo ajustado como un guante. Mientras su marido seguía quejándose de la ineficacia del aire acondicionado, ella le apoyaba haciéndose la acalorada y para dar más énfasis a la protesta, se separó levemente el escote del vestido y se sopló los pechos para refrescarlos. El revisor salió del compartimento dejando que el montañero buscara a ciegas los ojos que se le habían caído al suelo.

En el siguiente compartimento se encontró la puerta cerrada. No se sorprendió puesto que ya estaba advertido. Nada tenía que hacer allí pero sentía curiosidad, así que dio unos golpecitos discretos. Se alzó una cortinilla, unos ojos escrutadores miraron en todas direcciones y unos segundos después le franqueaban el paso. El prisionero estaba engrillado de pies y manos y fingía dormir. Era un joven bien parecido, de barbilla angulosa, tez morena y manos finas que al revisor le arrancaron un suspiro. Los guardias que le vigilaban, por el contrario, eran dos brutos zafios y malcarados que respondieron con

grosería a la amable bienvenida a su tren que el revisor les dedicó. El preso era famoso por sus habilidades escapistas, sus espectaculares fugas le habían brindado cierto favor del público, especialmente del femenino. Haciendo honor a esa fama, mientras los guardias se ensañaban con el revisor, sacó de la boca el clip que escondía desde dos días antes y en un abrir y cerrar de ojos abrió las esposas de las manos, escondió el clip en el mismo sitio y continuó haciéndose el dormido.

Escocido por las pullas que le dedicaban los guardias, el revisor pasó al siguiente compartimento donde dos monjitas rezaban el ángelus y no pudo por menos que sentirse reconfortado por tan piadosa escena. Difícilmente podía imaginar que a una de ellas, la más joven, la trasladaban de convento como castigo por haberla sorprendido en la cama de una novicia, postrada y rezando, aunque no el ángelus. La superiora le había asignado de carabina para el traslado, a una hermana de su total confianza, pero quizá le tendría menos confianza si supiera que se había dado buena prisa en ponerse un tanga rojo bajo los hábitos, tanga entrado de contrabando en el convento. No le hacía ninguna gracia que su compañera hubiera elegido para sus maitines una cama que no era la suya y estaba decidida a enderezarla y llevarla por el buen camino... el que conducía a su tanga.

El revisor aceptó su bendición con humildad y pasó al siguiente compartimento en el que le esperaba un espectáculo deprimente. Era obvio que las dos familias habían discutido, posiblemente por el espacio donde colocar los equipajes, y ahora se sentaban en los asientos de ambos lados, frente a frente, fingiendo indiferencia con exagerados fruncimientos de labios. En contrapartida, los hijos, chico por un lado, chica por el otro, ambos en la edad que el roce con alguien del sexo opuesto da calambre, parecían divertidos de la situación, se miraban, se guiñaban el ojo, amagaban una sonrisa de disculpa por sus progenitores y se replegaban cuando el padre o la madre, según el caso, les atizaban un cachete por su descaro.

Al entrar en el siguiente compartimento el revisor se quedó de piedra; hasta la tradicional petición de billetes que de tan repetida ya era un acto reflejo, se le enganchó en la garganta. En el lado izquierdo, en medio del asiento, ZP le miraba con ojos de carnero degollado, mientras desde la nariz se le despeñaba una gota mucosa. Es que la alergia hacía estragos aquella primavera. Estaba el presidente flanqueado por sus adláteres, la doncella Fernández de la Vega a la diestra y Rubalcaba I «*el pilos*», a la siniestra. Enfrente, a la derecha de la entrada, por supuesto, Rajoy bizqueaba intentando focalizar a sus oponentes, repitiéndose una y otra vez que podía confiar en su tropa. A su derecha, Zaplana revisaba su bronceado en un espejito de mano, mientras Acebes, a la izquierda solo por exigencia del guión, sonreía, caridoliente de saberse tan guapo. Al revisor le vinieron a la mente «El bueno, la fea y el malo» y «El padrino». Ticó los billetes y salió pitando.

En su siguiente parada se encontró con un matrimonio maduro, ambos bien entrados en carnes. Recientemente les había sonreído la fortuna del fallecimiento de un pariente, lejano y riquísimo, y estaban ansiosos de proclamarlo a los cuatro vientos. Ella llevaba el escote cubierto de diamantes que se escurrían por el profundo cañón abierto entre unos senos más que abundantes. Él chupaba con furia de un carísimo habano, a ver si se acababa y podía encenderse otro, ensortijado, a modo de vitola, con un pedrusco del tamaño de un huevo. El revisor no pudo evitar sentir una oleada de simpatía por sus compañeros de viaje: tres personajillos apiñados en el fondo del compartimento, visible y conscientemente ignorados por el señorial matrimonio que ahora ya no se avenía a confraternizar con las clases bajas. Pero aquellos rateros de no eran tan escrupulosos y no le quitaban ojo a tanto quilate falto de cariño sincero.

Pensando que allí no tardaría en haber tomate se dirigió a los dos últimos compartimentos de su ronda. En el primero le recibió un griterío ensordecedor, el que profería una manada de zagales ante la desesperación impotente de sus progenitores. La madre, una mujer consumida por los incesantes embarazos, le alargó los billetes con una tímida sonrisa de disculpa. Mientras ticaba el mazo, reparó en uno de los rapaces, un pilluelo de diez u once años que miraba con inquina a una chiquilla flacucha, algo mayor que él, pero no mucho, sentada muy modosa en un rincón. Sin duda alguna una primilla resabionda, agregada a la *troupe* por motivos procelosos y que se había ganado la animadversión del, hasta entonces, jefe indiscutido de la jauría. Consciente de la mirada del rapaz, ella se levantó las faldas, enseñándole las bragas, al tiempo que le sacaba la lengua, para demostrarle que era suyo lo que él más odiaba y, a la vez, deseaba.

Le devolvió los billetes a la mujer con una mirada de compasión y salió para finalizar su recorrido. Al abrir la última puerta el corazón le dio un brinco de alegría. El joven estaba de espaldas a él, estirado, tomando algo del compartimento de equipajes. Era tan ancho de hombros como estrecho de cintura. Las mallas marcaban nítidamente unos glúteos de granito y se perdían en la zanja que los separaba. Una camiseta de tirantes era todo lo que cubría una espalda que debía haber costado una fortuna en anabolizantes y sobre la que reinaba una cabeza coronada por la melena, rubia y sedosa. El joven terminó de trajinar con su equipaje, se volvió y le inundó con una sonrisa que derritió hasta el rímel de sus pestañas.

El revisor ticó el billete y salió, sintiéndose en una nube. Se detuvo un instante en el pasillo, para convencerse de que no había tenido una visión, luego se dirigió con paso firme al cuadro de control y desconectó el alumbrado interior. Sabía que estaban a punto de adentrarse en un túnel, el más largo y oscuro de cuantos tenían que atravesar.

El tiempo que el tren tardó en recorrerlo, a unos se les hizo interminable, mientras que a otros les pareció tan breve como un suspiro, pero para todos, nada volvió a ser igual cuando la luz inundó de nuevo los vagones.

Mi Perro Eléctrico

Una tarde como la de hoy, pero más nublada, Patricia y Penélope se encontraron en la calle frente al zaguán de la vecindad.

—¡Hola Paty!— Saludó Penélope.

—¡Hola Pene! ¿Dónde están los muchachos? Quedaron de acompañarnos al mercado.

—Toby esta ayudando a Beny a subir a la terraza a su perro.

—¿El eléctrico?

—Ese mero.

—Pero ahí también guardamos nosotras a nuestros perros cuando vamos a salir ¿No será peligroso?

—Nel, vieras que educado es esa criatura ¡Todo un caramelo!

—Si tú lo dices... Pero me enoja que Beny nada más lo haya comprado para hacerle la competencia a su primo. ¡Siempre tiene que ganarle en todo! Hasta con los perros.

—Si te enoja tanto ¿Por qué no has roto con él?

—Por que, pesa a todo, es un buen partido y una buena persona, aun con sus defectos. Y yo lo quiero aunque tenga que lidiar con esa cosa asquerosa que les cuelga a los hombres y que enseñan con tanto orgullo, como diría mi mamá.

—Para eso mejor me compré uno de plástico. El “Chicapan” me vendió la pieza más grande que tenía, ya sabes que el consigue muchas cosas de este tipo.

—¿No es incomodo?

—Para nada, de hecho lo traigo puesto ahorita mismo ¿Te lo enseño?— Y sin esperar respuesta comenzó a bajarse la falda.

—¡No! —La interrumpió Paty— Pues con razón venías caminando tan raro. Y súbete la falda que ya he visto bastantes, y es que ayer Beny y Toby se pelearon por ver quien de ellos la tenía más grande. Y como no llegaban a ningún acuerdo ¡Que me ponen de juez! ¿Puedes creerlo?

—¡Ay! ¡Que asco!

—Ni te imaginas. Casi vomito cuando me hicieron tocarlas para sentir que tan duras estaban

—¡Ughh! ¿Segura que no quieres ver? Lo único malo es que al final me deja toda mojada, pero creo que ese es el chiste.

—Ya te dije que no quiero ver, y menos en publico. Además de que no me fió de la mercancía del “Chicapan”. ¿Te acuerdas cuando, aprovechándose de mi necesidad, me vendió el aparato de 21

centímetros garantizándome satisfacción total? Al principio me arrepentí y lo deje olvidado en un rincón, pero una noche ya no aguanté la tentación y que le pongo las pilas para probarlo.

—¿Y que paso?

—Pues que al principio me pareció una maquina increíble, pero justo cuando lo estaba disfrutando al máximo. ¡Que se descompona!

—¡Ay! ¿Y que hiciste?

—Pues no me iba a quedar con las ganas y que le sigo con el dedo.

—¡Eso es de cavernícolas!

—Ya cálmate, te aseguro que hubieras hecho lo mismo en mi lugar.

En ese momento llegó Toby, tan despeinado y fachoso como siempre.

—Hola muchachas ¿De que hablan?

—De las tarugadas que le compramos al “Chicapan” ¿Donde dejaste a Beny? ¡Ya me quiero ir de compras!

—¡Aquí estoy!— Contestó saliendo del zaguán— Me quedé a limpiar las heces de la perra de Paty.

—Ay, no le digas tan feo. — dijo Penélope abrazando a su amiga.

—Ja, ja, que chistosita— contestó sarcástica Paty— Ni que tú fueras la gran cosa.

—Pues así como me ves —respondió Penélope abrazando ahora a su fachoso novio— cada vez se acerca más el día en que Toby me lleve al altar vestida de blanco...

—¡No me saques de onda! —Le interrumpió bruscamente Toby zafándose como pudo de su abrazo,— Mejor síguete entreteniendo con todas esas porquerías que le compras al “Chicapan”.

—Oye Toby, le compré otra cosa al “Chicapan”, un regalo para ti. —Dijo Penélope sacando del bolso un aparato de forma tubular— Me dijo que también era para hombres ¡Pruébalo! Vas a ver que rico se te va a parar. Nada más que hay que enchufarlo con fuerza para que no se apague de pronto y se te atore.

—¿Qué era ese alboroto?— Preguntó Nerón, el viejo perro negro de Toby, que hasta entonces había estado ocupado acaparando sombra en la terraza.

—Es que Toby se enojó por que Penélope le quiso regalar un aparato eléctrico para alaciar el cabello. Se lo ha de haber conseguido el “Chicapan”, ya saben que siempre tiene mucha falluca. Con decirles que Penélope le compró también una faja plástica de esas para bajar la barriga sudando y creo que aún la trae puesta. Pero quienes realmente la necesitan son Toby y Beny, esos dos están cada día más panzones, y lo que es peor, están tan orgullosos de serlo que el otro día pusieron a la pobre de Penélope a ver quien tenía la mejor barriga de pulquero. — Respondió Pelusa, la perrita de Penélope que gustaba de oír todo lo que pasaba bajo la terraza.

—Si, y Paty apenas le compró el control remoto para su tele, pero se le descompuso y tuvo que seguir cambiando los canales a mano— agregó Reina, la mascota de Paty, sin desviar la atención en rascarse las pulgas de su largo pelaje.

—Válgame ¿Todas esas cosas son invenciones chinas, verdad? — preguntó Nerón.

—Chinas y gringas. Lastima que diosito no les haya dado la iniciativa a los mexicanos de hacer esas cosas. Tal vez inventaran un anti—pulgas que si funcione.

—Es que dios es un perro, —comentó de pronto Rayito, el perro eléctrico de Beny— los humanos son entonces ¡Popo de perro! Y mira, los mexicanos son popo de la buena, cafecitos y duros, pero los chinos amarillos son popo enferma y los gringos son popo... ¡Pero muy enferma!

—¿Y los negritos?

—Pues... no se ¿Popo de lagartija?

—Ay Rayito, recuerda: Di no a las drogas.

—Eso hago, pero las drogas no oyen. Y no hablen tan mal del Chicapan, solo trata de ganarse la vida.

—Lo dices por que te vendió a Beny jurándole que eras un cachorro de raza fina.

—No hablen tan fuerte, los van a oír. — dijo Nerón.

—¡Bah!— bramó Reina— Los humanos nunca nos oyen, y no creó que este 1989 sea la excepción.

—Y por cierto ¿Qué raza eres, Rayito?

—¿No lo has notado? Soy un perro eléctrico: la cruza entre dos corrientes.

¡MALDICIÓN!

CHAP, CHOP.

Rüdiger volvió con un objeto brillante entre las manos, se dejó caer en la cama delicadamente y lo apartó a un lado, como escondiéndolo. El ambiente era algo lóbrego, como si alguien hubiera corrido una cortina gris entre nosotros. Reinaba el silencio, a excepción de aquellos extraños chapoteos de fondo.

—¿Todo va bien?— Pregunté.—He oído ruidos extraños.

—Ehh... Si, si... Esto no es nada, después de las cosas que han sucedido.

—¿Seguro que es un buen momento para hablar?

—Descuida... Ahora esto está tranquilo, te contaré alguna de las anécdotas. <Ejem, ejem> Todo comenzó hará unos ocho meses, misteriosamente...—. Se paró unos segundos para pensar.— Bueno, en realidad todo comenzó cuando el piano comenzó a sonar solo.

—¿Solo?

—Como lo oyes, solo. Y por aquel entonces quizás actué de manera precipitada. Directamente, le corté las cuerdas—. Guardé silencio, bastante interesado en el misterioso fenómeno. Tras una pausa, Rüdiger continuó hablando con su voz estridente, aguda y rápida.— Sin embargo, lejos de mejorar, la situación se hizo insostenible, las teclas seguían moviéndose, produciendo un molesto claqueo sordo que... brrr...—. Terminó sacudiendo la cabeza y los hombros.

—¿Cómo lo resolviste?

—Ehh, bien. Llené de agua la caja del piano, para que los martillos quedasen amortiguados. También metí a los peces—. Se encogió de hombros.— Para ellos era una mansión.

Sonreí.

—La cosa no terminó ahí, no. El agua se filtró hasta empapar la tarima.

—Y quedó destrozada...

—Estuvo dos meses seguidos crujiendo sola. Únicamente cuando pisaba el suelo, este dejaba de gemir—. Tuve que esforzarme por contener la risa, imaginando lo cómico e irreverente de la situación.

—Y, como si se tratase de animales tímidos, casi a la vez todos los baldosines de la cocina y el cuarto de baño comenzaron a intercambiarse. ¡Qué horror! Formando mosaicos abstractos, dejando trozos de pared o suelo desnudos... Por eso encementé el piso.

Yo ya no me reía, y observaba preocupado a Rüdiger. Evidentemente la situación había llegado a superarle, los objetos de su propia casa contra él ¡Qué situación más ridícula! Comenzó a sacudir la cabeza de nuevo, algo nervioso.

—¡Imagínate! Las patas de las sillas se entrelazaban cual cabos formando los más intrincados nudos marinos, el gotelé resbalaba por las paredes como si estuviera recién pintado, el congelador y el microondas se enfrascaron en una batalla sin cuartel ¡el espejo me pidió verse a sí mismo! Me dijo que colocase otro espejo frente a él...

—¡*Santa idiotez!*—. Dije indignado. Pero cuánto me hubiera gustado ver esa escena, pensé a la vez divertido.— ¿Cómo lo resolviste?

—Respondí a sus ruegos.

—¿Y...?

—Todavía está mirando—. Rüdiger ocultó con la mano una mueca que aparentaba ser una sonrisa.

—*Santa idiotez!*...— Repetí una vez más.

—¿Qué fue de los peces?— Pregunté por cambiar de tema.

—Hummm... es cierto... <¡glup!> Llevo tres semanas sin alimentarlos.

Qué locura, dios mío..., pensé.

Se levantó y caminó hacia el piano, dejando al descubierto aquel extraño objeto que con tanto afán había ocultado. Por la oscuridad del cuarto no pude vislumbrar bien lo que era, pero pude comprobar que en realidad no brillaba, y tan sólo reflejaba la poca luz que recibía.

¡Ñeeekk! Resonó la tapa del piano al abrirse, y saltaron casi a la vez unos cuantos peces desde el interior. Lentamente, Rüdiger introdujo una mano en la improvisada pecera.

—Me pregunto que habrán comido durante todo este tiempo—. Pensó en voz alta completamente ensimismado.— En fin.— Se volvió hacia mí de nuevo, agitando nerviosamente las manos.— Como ves, las cosas no animadas de pronto parecen querer reivindicar algo, o simplemente, vivir como seres vivos normales.

—Ya.

—Supongo que a lo largo de la historia la gente se habrá cuestionado en repetidas ocasiones cosas como estas: ¿Cómo será el andar de una mesa (o el galopar)? ¿Les gustará secarse a los grifos después de echar agua? ¿Chismorrearán los teléfonos? ¿Sudan las puertas? Y aun más allá... ¿Desearían otro tipo de vida las persianas? ¿Se cansa el timbre de sonar? ¿Sueñan las bombillas cuando están apagadas? Pues bien ¡Yo tengo las respuestas a todas esas preguntas, y son completamente absurdas! ¡Los objetos no son más que niños... niños caprichosos y juguetones! ¡Nunca se cansan de jugar!

Rüdiger se atusó un poco su grasiento cabello hasta dejarlo completamente ceñido al cuero cabelludo y se sentó de nuevo en la cama, algo intranquilo.

—Y todo comenzó... ¿De repente? ¿El piano comenzó a sonar solo? ¿Sin previo aviso?

—¿Acaso avisa el sol cuando va a salir?

—Bueno... cuando se marcha la luna, sale el sol.

—Está bien... ¡Un eclipse! Un eclipse sucede de repente. Al comprar la casa, el vendedor me avisó de alguna forma, me dijo que la casa estaba maldita. Yo por supuesto no lo creí, pero al parecer tenía razón (y espero que de verdad la tenga, pues sino estos sucesos serían indicativos de una creciente enajenación de mi mente)—. Dijo entre dientes—... Aparte de eso, sí, de pronto el piano comenzó a tocarse un día como otro cualquiera, sin aviso previo, si quieres decirlo así. Como un eclipse.

CHAP, CHOP.

—Y no contemplas la opción de vender la casa...—. Sugerí por romper el molesto silencio que se había formado, y que dejaba escuchar de nuevo el molesto chapotear de los peces tropicales entre los martillos del piano.

—¡Ja! Unos simples objetos inertes no acabarán conmigo tan fácilmente. Son más, pero yo soy más listo. Acabarán cansándose, como todos los niños...

—Bueno..., de hecho esto parece mucho más tranquilo ahora, ¿no? Pero yo te veo alterado... ¿Por qué estás así, Rüdiger?

Antes de levantarse, Rüdiger aspiró profundamente. Después, agarró con ambas manos el objeto que había custodiado en casi todo momento, batiéndolo en alto. Ahora con total claridad, pude ver un palo grueso y firme, oscuro, de aproximadamente medio metro de longitud, encabezado por un estandarte plateado, con un brillo afilado y limpio.

—¡Un hacha!— Grité asustado.

—Estoy así porque son las tres de la mañana, ésta es mi habitación y estoy hablando con la cajonera de la ropa...

Las astillas quedaron repartidas por toda la habitación.

Nando va a la ciudad

Era una noche oscura. En el bosque el silencio llenaba cada rincón. De repente un aleteo. Un golpe sordo y un grito siniestro. Entonces comenzó la transformación. Poco a poco las negras y podridas alas fueron desapareciendo, las cortas y ganchudas patas se fueron estirando y unos brazos crecieron mientras se oían horribles crujidos. Las grandes orejas peludas sin embargo, permanecieron. Finalmente un rostro quedó reconocible, era Nando, el Conde Nando. Un rictus enmarcaba su cara, un hilo de sangre caía de la comisura de su boca y otro hilo más abundante partía de su frente. Era el cuarto árbol contra el que chocaba aquella noche.

Su sed de sangre era inmensa. Aunque se había alimentado abundantemente, la vuelta a casa tan accidentada casi le había dejado seco de nuevo. Pensó en seguir cazando pero decidió dejarlo. El amanecer estaba a punto de llegar y no quería arriesgarse. Su padre le tenía prohibido salir hasta tan tarde.

Su padre. Siempre su padre. Nando tenía ya 125 años y quiso abandonar el nido paterno, desde que aprendió a volar, pero su padre, el Conde Sánimo no le dejaría hasta que no fuera un vampiro adulto. Se quedó un rato sentado en el suelo del bosque mientras la herida cicatrizaba sola. Su padre le había avisado que oír la iPod mientras volaba le dificultaría usar su sónar de murciélago. Pero pensó que con el volumen bajo no pasaría nada. Quizás si redujera más sólo los agudos...

Cuando llegó a casa su madre estaba ya en el ataúd pero su padre le esperaba colgado en completa penumbra.

— ¿De dónde vienes a estas horas? ¿No ves que está a punto de amanecer? ¿Sabes el miedo que tenía tu madre? ¡No son horas de estar revoloteando por ahí!

— Pero papá, si he llegado bien. Es que me han lia'o.

— ¿Que te han liado? ¿Y a qué hueles? ¡Ven aquí! ¿Qué has estado bebiendo? ¿No habrás vuelto a beber sangre de cordero, no?

Sánimo se acercó a Nando y agarrándolo por el cuello comenzó a olfatearle el rostro.

— ¡Has bebido sangre de cordero! ¡Te lo he advertido millones de veces! ¡Si matamos humanos nos dejarán en paz pero si comenzamos a matar corderos empezarán a investigar, vendrán veterinarios, biólogos y creerán que hay una plaga con lo que examinarán todo el terreno milímetro a milímetro, pondrán sensores, sacarán fotos, acamparán ... ¡No quiero otra leyenda de Chupacabras aquí!

— ¡Pero papá no quiero ir a la ciudad! ¡Apesta! ¡Soy muy sensible a los olores y tengo arcadas cuando estoy allí!

— Mira hijo. — Dijo su padre ya calmado. — No podemos cazar a los del pueblo porque sería muy evidente. La ciudad es nuestro territorio de caza ideal. Nadie mira a nadie, zonas abandonadas, la red metro, personas solas y ahora con el botellón, todo son facilidades. Lo del olfato es algo pasajero, lo olvidarás con los siglos. Antes era muy útil porque había pocos humanos y estaban desperdigados pero ahora que viven en corrales o ciudades, no lo necesitamos.

— Está bien papá. mañana te prometo ir.

Su padre se emocionó y a sus ojos asomaron unas lágrimas de sangre. — Bueno Nando, ahora vete a tu mazmorra y ten cuidado, tu madre aún recuerda a tu hermano Voción y su problema de insomnio. Siempre tiene sus cenizas cerca.

Nando fue cabizbajo y arrastrando los pies hasta su mazmorra. Ir a la ciudad al día siguiente no le apetecía nada. Pero no podía volver a engañar a su padre.

Estaba comenzando a anochecer cuando su padre le despertó.

— ¡Abajo Nando! — Como muchos adolescentes daba tantas vueltas en el ataúd que a veces acababa colgado de una viga. — Ya está anocheciendo y tienes que prepararte. Recuerda que me prometiste ir a la ciudad a beber sangre humana.

— Pero papá, si apenas es de noche. Si hay luz por todas partes.

— Un vampiro responsable no espera a que se vaya el último rayo para levantarse. Más de un familiar tuyo ha salvado su vida por despertarse un poco antes de que el sol se pusiera y además le clavaran una estaca en ese momento. Así que ve adquiriendo buenas costumbres que ya no eres una cría.

Se alisó la ropa y comenzó a revisarse la dentadura con los dedos, uno de los problemas de ser vampiro es que no hay forma de usar espejos para verse los dientes, ni nada. Puedes pasarte siglos con una mancha en la capa que si alguien no te avisa no te enteras. Una noche tuvo mala suerte y mordió a 2 diabéticos, su padre le gritó de tal forma sobre los problemas de caries y lo que representan para un vampiro que no había dejado examinárselos cada amanecer.

Finalmente se hizo completamente de noche. Su padre y él coincidieron en la misma ventana para partir, primero lo hizo su padre que dando un elegante salto, extendiendo los brazos y se transformó sin perder la elegancia en la postura. Cuando su padre estuvo ya lejos saltó Nando. Nando saltó con demasiada fuerza y esto hizo que estuviera de espaldas al suelo cuando comenzó la transformación, como los murciélagos vuelan con dificultad de espaldas, Nando intentó girarse pero la transformación no ayudaba al cambiarle el centro de gravedad continuamente. Finalmente a medio metro del suelo consiguió extender las alas y agitarlas para remontar vuelo. Su padre a modo de recordatorio le había puesto marcas en el suelo en los lugares donde se había estrellado otras veces. A los pocos minutos ya había sobrevolado la última de las marcas, aunque en otras direcciones habían más lejanas.

Nando comenzó a volar hacia la ciudad. Tardaría una hora en llegar. A los 20 kilómetros ya estaba cansado. Con unos aleteos parsimoniosos se acercó a una carretera comarcal. Se posó en uno de los márgenes y se transformó en el adolescente que era. Había decidido no llegar hasta la ciudad. Intentaría parar algún conductor solitario y almorzárselo. Sólo tenía que tener paciencia y esperar. Se puso a andar mirando ambos márgenes esperando que hiciera aparición su víctima. Llevaría veinte minutos cuando vio aparecer unas luces. Le hizo señales mientras se acercaba y tuvo suerte. Se paró a los pocos metros. Se acercó al mismo y por la ventanilla abierta otro joven solitario le preguntó si iba a la ciudad. Le respondió que sí y feliz subió al mismo pensando que podría tomar sangre humana sin tener que ir a la ciudad y así cumplir con los deseos de su padre.

— Sube, sube que acabo de salir del pueblo y voy a pasar noche en la ciudad

— Gracias, eres el primero que aparece en la carretera.

— ¿Qué hacías solo por aquí? ¿Vives en alguna casa cercana?

— Bueno, sí, digo no, bueno, vivo cerca, en Morcillas de Arriba — Era el pueblo más cercano al castillo que ocupaban. — Y aburrido del pueblo decidí ir a la ciudad.

— Morcillas está lejos para haber venido andando.

- Es que me gusta andar. Pero al ver el coche pensé que ya había volad... andado suficiente.
- Ya veo.

Se hizo el silencio durante unos minutos. Nando estaba apunto de saltar sobre él cuando el chico le preguntó.

- ¿Quieres ver algo alucinante?
- ¿Ver yo algo alucinante? ¿Quieres ver tú de verdad algo alucinante? — Contestó Nando con una medio sonrisa pensando en la cara que pondría cuando abriera la boca y sus largos colmillos se dirigieran a su garganta.
- No, no. Tú vas a alucinar.
- ¿A sí? ¿Apostamos? — Contestó Nando relamiéndose.
- Muy bien. ¿Quién alucina primero al otro?
- Empieza tú. — Dijo Nando riéndose interiormente ya que cuando el chico alucinara con él, sería lo último que haría en su vida.
- Muy bien. Voy a aparcar aquí. Tápatelos ojos.

Nando se tapó los ojos sonriendo porque con el coche parado ya lo tenía todo hecho. Claro que también tenía curiosidad. El otro no era otro vampiro porque habría notado el olor perfectamente. No sabía qué le querría enseñar creyendo que le iba alucinar. Volvió a sonreír.

De pronto pegó un salto en el asiento. Una música a un volumen que hacía temblar los cristales comenzó a sonar y multitud de luces se encendieron dentro del coche. Su cara de horror apareció cuando a sus pies, por el techo y en los bordes de las puertas luces de neon ultravioletas se encendieron. El coche comenzó a saltar al ritmo de la música ensordecedora mientras Nando comenzaba a quemarse vivo. A duras penas logró abrir la puerta y salir a gatas. Se internó en el campo y se transformó en murciélago para salir volando. Debajo quedaba el coche tuneado como una discoteca iluminando y ensordeciendo la noche. A lo lejos unos perros comenzaron a aullar. Nando también oyó unas ovejas. No dormiría con el estómago vacío, pero antes, aterrizó, la canción del coche seguro que la tenía en la iPod.

Bichos rojos

31 —5 —2007 16:15 p.m.

- Lucro promotora, le atiende Angustias, ¿en qué puedo ayudarle?.
- Hola, buenos días. Soy Cándido Timo, me compré una vivienda unifamiliar en una de sus promociones, concretamente en “El ocaso oscuro”. Y tengo algunas faltas que me gustaría que solucionaran.
- Un momento señor Cándido, le paso con el jefe de obra, permanezca a la espera.

¡Andal, la musiquilla de espera es “De hoy no pasa” de Siniestro Total. El título de la canción parece un buen augurio, aunque bien mirado el grupo ...

- ¿Diga?.
- Hola, buenos días, ¿es usted el jefe de obra de la promoción “El ocaso oscuro”?.
- Sí, yo soy. Pa servirle a usted y a Dios.

- Soy Cándido Timo, de la promoción “El ocaso oscuro”. Llamaba porque tengo unos fallos en mi vivienda, que me gustaría solucionar lo antes posible.
- Sa compraó usted una casa mu bonita.
- Sí, es bonita, pero aunque ya me he mudado, no es habitable.
- Hombre, sí le contara yo ande dormía cuando era pastor, al raso. Usted tiene unas buenas paredes, pa vivir sin viento.
- ¿Me está usted tomando el pelo caballero?
- No, es verdá. Yo dormía en el campo con una manta.

¿Será este señor así de corto, o realmente se está riendo de mí a la cara?. Relájate Cándido, continúa con buenas maneras, a ver si consigues algo. Para ponerse a malas siempre hay tiempo, así que mantén la compostura, y trata de hablar de tus problemas.

- Bueno a lo que iba, resulta que para entrar a mi casa, tengo que subir un escalón de medio metro, que como usted entenderá, con 60 años me resulta complicado. Supongo que rebajar el suelo de la casa a estas alturas va a ser imposible, pero al menos tienen que ponerme un par de escalones más.
- Señó Candido, pienso de que sería bueno pa su salud hacer ejercicio y levantar las piernas más, manque le parezca mu alto medio metro, pa un zagal como usted de sesenta años na más, no es ná. De toas formas, yo le mando a unos galtxagorris pa que le pongan los escalones que pide.
- ¿Galchaqué?
- Galtxagorris, son unas criaturicas mu pequeñas que las jodías visten siempre de rojo y hemos subcontratao a una empresa del País Vasco, están siempre deseosos de trabajar y servir a su amo, sabe usted. Hasta ahora me habían dau mu buen resultao, y salen mu baratos, pero últimamente nu se porque, están haciendo alguna cosa malamente.

Esto hombre parece que no está bien de la cabeza. Creo entender que me va a enviar a alguien, unos vascos, espero que sean buenos.

- Usted solúciónelo como considere oportuno, pero hágalo. Aunque este no es el único problema. El otro día estaba sentado en la taza del baño, y le di a la bomba, cual fue mi sorpresa cuando noté caldeadas mis partes nobles y comenzó a surgir vapor hacia fuera de la taza.
- Coñé, pos san tenido que equivocar de enganche los galtxagorris, y lan puesto la cisterna conectada al agua caliente. ¿Ta seguro de que no quiere que salga agua caliente? Estoy pensando que pueé resultar mu agradable pal badajo y lo que es el pandero.
- No me caliente, no me caliente.
- Pos fale, si no quiere que le caliente, se lo cambiamos. Lo único que tardaremos un poco, pos hay que levantar tol suelo del baño.

O este personaje es más tonto que Abundio, o es demasiado listo. Un momento, ha dicho que va levantar el suelo, ¡Dios mío!, ¡qué desastre!, ¡todo el suelo!. Cándido tranquilo, mira el lado bueno, parece que tiene intención de arreglar las cosas. Sigue a buenas.

- De acuerdo. También quería comentarle que la ducha que han colocado es muy pequeña, y cuando ponga la mampara, al cerrarla, no me va a dar para mover los brazos, ¿podrían poner una de un tamaño decente?.
- Mire que se lo dije al Pocero, que esas duchas eran mu baratas, y que alguna pega iban a tener. ¿Y no puede usted ducharse con la mampara abierta?.
- Pues va a ser que no, porque se me llena el suelo de agua.
- Pero estará ya enjaboná, puede usted usarla pa limpiar los azulejos.

- Señor haga usted el favor de no decir tonterías, y póngame una ducha más grande.
- Yo se la pongo, pero es usted mu poco apañado.

Este capullo no puede ser tan tonto. El malnacido se está riendo de mí a la cara, y encima no le puedo decir nada, voy a intentar jugar a su juego.

- Yo podría decir que usted es poco perspicaz, y sin embargo no lo digo.
- ¿Perspicué ?, ¿ Qué es eso ?.
- Lo mismo que sagaz.
- Ah.

Le he llamado bobo a la cara, qué a gusto me he quedado. Ya sólo me gana tres a uno. De todas formas estoy alucinando, el paleta este me está diciendo a todo que sí. ¿Será algún truco?. Bueno a ver si me hace caso también a la última.

- Verá usted, para terminar me gustaría comunicarle un último problema. Resulta que la preinstalación de aire acondicionado tampoco se ha hecho correctamente. En uno de los baños se ha dejado un hueco para una máquina, pero la cavidad tiene de alto tan sólo veintitrés centímetros, y resulta que no hay ningún aparato en el mercado que tenga esa alzada tan pequeña.
- ¡Por la madre roja de los galtxagorris!, estos energúmenos no han dado una en su casa, pero si eso lo prepaé yo. ¿Pa qué les mandaría a apañarme la bodega?, he notao yo que su currelo no es el mismo. Paece que aunque me digan que no, ses tán trajinando el vino de las barricas los jodíos. Pero como son tan pequeños como dedales, y pa ellos una gota debe ser como una arroba, es imposible darse de cuenta si ha bajáo u no el nivel, ¿ sabe usted ?.

Vaya, parece que se le ha pasado el efecto de las pastillas al pobre hombre, está muy mal, pero que muy mal.

- Sinceramente señor, me da igual los problemas que usted tenga con sus trabajadores. Yo necesito que me arregle todo cuanto antes.
- No se preocupe usted, señó Cándido. Yo saco a una cuadrilla de mi bodega ahora mismo pa que no se pimpen, y se los mando mañana por la mañana a primera hora. ¿Le paice bien?
- Perfecto, les espero mañana.

1 —6 —2007 08:00 a.m.

Vaya, parece que suena el timbre, serán los obreros. Esta mirilla es una birria, no veo nada, tendré que abrir la puerta. Qué raro, no hay nadie, juraría que he oído el timbre, me habré equivocado.

Otra vez, esta vez estoy seguro de oír el timbre, paso de la mirilla, abro directamente. No hay nadie, ¡ostras!, ¡No puede ser!, ¡Se me ha ido la pinza!, ¡Estoy soñando!. Pues el pellizco duele, no tiene pinta de sueño. Cándido, cierra los ojos y vuélvelos a abrir, a ver si desaparecen. ¡Siguen ahí!. ¿Cómo puedo estar viendo una columna de bichos rojos diminutos subidos uno encima de otro hasta la altura del timbre?. ¡Malditos bichos!, ¡toma patada!, ¡os voy a aplastar como cucarachas!. Ya le dije a mi mujer que no deberíamos comprar una casa con jardín, que salen muchos bichos raros.

Nota: Un "Galtxagorri" es un duende de la mitología vasca poseedor de descomunales fuerzas, son capaces de realizar los más insólitos trabajos para los hombres en un brevísimo espacio de tiempo. Son de color rojo, de ahí viene su nombre que traducido a castellano significa "el del calzón rojo". Son tan pequeños que en un alfiletero caben cientos de ellos.

Un mundo de locos

Soy totalmente consciente que no debería ni mencionar la historia que me dispongo a contar. Existe mucha gente implicada que pudiera resultar dañada por el efecto domino. No, no lo hago por despecho, malicia o egocentrismo. Tampoco quiero hacerme el importante, ni llamar la atención. Lo único que busco es dejar patente algo muy importante para mí. Seguro que les sonará totalmente estúpido puesto que lo es. Negar lo evidente es una pérdida de tiempo. Es una carencia de lógica, de este o cualquier otro mundo. No pretendo juzgar si hice bien o no. Esa tarea la dejo para ustedes que lo verán con un criterio externo. Únicamente me limitaré a enunciar lo sucedido en el mismo orden en que fue ocurriendo. Sin edulcorantes, sazonzantes o especias dado que no es comida sino una parte de mi vida. Una repercusión en mi forma de ver las cosas.

Imaginen una ciudad cualquiera. Personas y esas cosas. Edificios atravesando las nubes de contaminación radioactiva totalmente nociva para cualquier forma de vida. Coches de motor aerostático pasando a escasos centímetros. Ancianos, no se ofenda nadie, con sus mascotas simbióticas paseando por los parques flotantes compuestos por plantas plastipónicas holográficas. Y, sobretodo, enfermos de Fuerte Ratificación de Extrovertismo Autoinducido Kriptoniano. Montones de parejas FREAK, para abreviar, demostrándose sus sentimientos de forma física en público. No es que disienta sobre los gustos y formas de actuar de cada persona, y menos si sufren la patología, pero me repudia. Me tengo por una persona tolerante y defensor del derecho a ser diferente. Parte de mis amigos son FREAK y estoy orgulloso de ello. Respeto que cada uno haga lo que desee e, incluso, intento apoyar todas sus actividades en post de una mejoría social. Pero, ustedes comprenderán, disiento completamente sobre su carencia de privacidad. Nunca he tenido problemas con mantener relaciones con cualquier clase de robot. Soy capaz de mantener relaciones especies humanoides de cualquier sexo mientras satisfagan mis necesidades biológicas de reproducción; siempre y cuando, no exista ninguna clase de interés en la generación casual de descendencia, o de un estado de afecto mayor.

Bueno, al caso que me excedo. Gracias a los derechos en pro de una sociedad más igualitaria, cada vez que salgo a la calle, tengo que ir esquivando pseudoandroides maniáticos de la limpieza o parejas enfrascadas en su apasionamiento de demostración de aprecio físico en público. Fue, en una de estas acrobacias, cuando me encontré, literalmente, con una pareja de amigos FREAK que me impusieron acompañarles a comer. Obviamente no podía negarme. A ver quien es el guapo que le dice a un par de FREAK, por buenos amigos que sean, que no vas a acompañarles a uno de esos restaurantes de ambiente clásico. ¿Que excusa iba a poner? ¿Que no podía ir por tener que comprar el último número de la revista sobre historia antigua dado que no era cualquier número? Si, lo adivinaron. Era el famoso número donde regalaban una reproducción tridimensional automática de un personaje infantil, con forma de insecto, muy popular en el siglo XX. Pero claro, son FREAK y nunca lo hubieran entendido. Ellos no entienden nada que no sea la demostración de sentimientos de forma física en público. No tienen otros intereses en la vida. Sólo viven por y para esa extravagante afición. No son personas normales. Son como bote de nitroglicerina portátil para eliminación residual y han de ser tratados con cuidado. Nunca se sabe lo que puede suceder si se les lleva la contraria.

El local en cuestión no estaba tan mal para lo que era. Intentaba emular a uno de esos antiguos salones de la alta clase social del siglo pasado. A mi me hubiera gustado uno tipo saloon de los tiempos de la expansión por Norteamérica. Con sus bailarinas de perros, sombreros, Musqui o güsqui o como fuera, escupideras, esas minisierres metálicas en los pies que hacen ruido al andar... pero no era plan de quejarse. En la mesa donde nos conducían estaba sentada una mujer rubia deslumbrante. No tenía unas medidas exuberantes pero si se encontraban bien definidas. Me llamo la atención la reproducción tridimensional, automática, edición de lujo limitada a cinco millones, bañada en plata memokiana, emulando a un personaje de la película de mayor culto durante los últimos ciento treinta años. Aquella debía ser una mujer de las

llamadas una entre cinco millones y, además, su parecido con la figura era perfecto. Más adelante descubriría que no era fruto de la cirugía como la mayoría. Era impresionante sentarme con una mujer tan quimérica. La comida discurrió tranquila y muy distendida. María, digamos que se llamaba así y que ustedes me creen sin ninguna duda, era una conversadora excelente. Poseía un carisma desbordante y una facilidad de atracción de mi interés nunca había experimentado antes. Todo lo que no tenía su cuerpo lo compensaba con su labia. Sus ojos lograban apresar toda la atención. Sus palabras fluían por mis oídos recordándolas cinco minutos después que las pronunciara. Era algo asombroso. Me encontraba extasiado. Al acabar la comida decidimos ir a ver Los pelones plutarinos contra el poncho infernal donde nos separamos de mis amigos. Desde allí fuimos a comer una hamburguesa brogiana en el Heavy Fox Restaurant y, para redondear la noche, acabaríamos en su casa jugando con la T.E.T.O. María vivía en el barrio El halcón milcoriano. Tenía un apartamento con un toque nostálgico y bastante clásico. Uno de los lados estaba totalmente oscuro a causa de un fallo de las fuerzas electromagnéticas hace algunos años. Decía que un hombrecito de habla extraña se había ofrecido para arreglarlo y ponerlo más luminoso. Pero por alguna razón le gustaba ese lado oscuro de la casa y como quedaba. Aquello hizo que me sintiera más atraído por ella y su buen gusto.

Cuando desperté me encontraba algo desorientado. Sentía un olor a flores de Marte a mí alrededor y un dolor mezclándose con el cansancio. Una sensación placentera y extremadamente gozosa. No podía dejar de sonreír y ver las estrellas. Y es que lo hacía literalmente. El dormitorio de María era un holograma del universo con un adaptador de ingravidez. Una vez pasamos por Venus decidí salir al pasillo. No me acordaba la cantidad de estanterías que lo recubrían mediante armas pesadas y cuerpo a cuerpo. Intenté encontrar el baño pero acabé investigando toda la casa. Era realmente el paraíso de cualquier ser vivo. Espaciosa, con muchas habitaciones para diferentes fines, una colección de películas ordenada por categorías, autor y fecha de filmación, una mesa de muestras repleta de figuritas tridimensionales móviles que reproducían una escena de la historia antigua de unos ositos muy monos con palos y piedras destrozando a soldados completamente armados, una sala de realidad virtual y conexión a la Universet con tarifa plana a un Gigatera de velocidad. Además poseía un robot multibrazo para procesar todos los archivos que bajan por la Tortugüela a un disco duro de plasma. Cientos y cientos de cosas más en las múltiples habitaciones. Era mi sueño dorado. Por un momento pensé que sólo sería una aventura de una noche y no volvería nunca más. No me importaba. Había descubierto el cielo y lo había sentido por unas horas. Y vaya si lo había sentido, tenía una marca en el cuello que tardaría en irse. Pero todo sueño tiene que acabar. Me había sentado en el salón de la casa a ver la repetición del Rudoball en la televisión positronica multidimensional y entonces lo vi. Se encontraba entre la imagen del último éxito de la animación subsahariana y la figura de coleccionista con forma de insecto. Justo cuando lo estaba mirando escuché un sollozo. María se encontraba a mi espalda totalmente desnuda y compungida. El libro que poseía entre mis manos lograba rivalizar en atracción con su desnudez, su cara triste o incluso sus ojos. Nos sentamos en los cojines flotantes para relatarme aquel funesto suceso. Lo definió como literatura y una curiosidad que siempre había sufrido en silencio. Yo me encontraba patidifuso con lo sucedido. Una mujer tan hermosa, con tan maravilloso gusto, tan perfecta y sublime y sentía interés en las demostraciones física de aprecio en público. No lo podía creer. Nunca pensé que una novela se interpondría entre mi sueño de mujer y yo. No tuve más opción. Me abalancé sobre ella con enjundia y prometí que seguiría con ella pese a todo. La jure y perjure que no me importaba. Incluso, si hacia falta, demostraría mis sentimientos de forma física en publico si la hacia feliz. Todo lo haría por ella.

Lo sé. Es una historia terrible pero me gustaba. No sé que paso por mi mente. Espero que lo puedan comprender. Sí, salgo con una FREAK y la quiero como es. No importa admitirlo. Incluso demuestro en público de forma física los sentimientos que produce en mí. Hasta he empezado a leer ese tipo de literatura. ¿Y saben? Me gusta. Soy FREAK y estoy orgulloso.

V de Falso

En los 50, la ascensión de MacPlatt a la fiscalía general sembró la inquietud entre los abogados.

Con razón.

En tanto que auspiciador del polígrafo en los procesos judiciales, MacPlatt aspiraba a reformar el sistema legal minimizando el valor de las pruebas en beneficio de una declaración oficial avalada por la máquina. Un nuevo derecho procesal que reducía la instrucción del caso a completar una batería de preguntas a las que responder con un sí o con un no.

Las portadas se sucedieron. La opinión pública cayó rendida ante la posibilidad de una justicia inmediata, ciega, insobornable. Un mundo sin abogados.

La mayoría del Congreso no tardó en apuntarse a la iniciativa.

El colegio de abogados auguraba tiempos nefastos. En los siguientes meses, el Gobierno Federal invirtió sumas ingentes en mejorar las máquinas y en formar a centenares de técnicos polígrafos.

Por fin, en una espectacular rueda de prensa, MacPlatt presentó la Unwood 290. Un pequeño artilugio transportable de color negro metalizado.

“Puedo asegurarles que estamos ante un hecho histórico, la restauración de la Justicia como valor inequívoco, igual para todos, gratuito e infalible”, garantizó el fiscal.

Pocos días después, y en medio de una expectación sin precedentes, se dictaron las primeras sentencias auspiciadas por la Unwood 290, posteriormente ratificadas por el Supremo. Y empezaron a caer. Los defraudadores de seguros, los morosos...

Pero el colegio de abogados no estaba dispuesto a asistir impertérrito a la ruina del gremio.

Desde todos los puntos del país empezaron a llover interdictos refutando la validez del artilugio al vulnerar el principio de indefensión de los sospechosos.

La clave estaba en si la máquina podía averiarse o incurrir en un funcionamiento anómalo.

Sin embargo, todos y cada uno de los interdictos toparon con estudios en los que afamados investigadores sancionaban la imposibilidad de que la Unwood diera por válida una respuesta falsa, una mentira. “Tras cientos de pruebas el departamento de Ingeniería Aplicada de X no ha detectado anomalías en el funcionamiento de la Unwood 290 estando en condiciones de concluir su correcto funcionamiento”. La misma aseveración se repetía en (costosos) experimentos realizados en las proximidades de centrales nucleares, en Alaska, incluso a bordo de un submarino atómico flotando en el polo magnético, según publicó Reader’s Digest, ilustrando la información con la foto de un soldado de color sembrado de sensores en el momento de ser interrogado por un joven teniente rubio recubierto de pieles de zorro.

Exultante, MacPlatt ordenó repartir juegos de repuesto de la Undwood 290 en todos los juzgados a fin de que los inculpados pudieran repetir la declaración con una máquina distinta y hasta por tres veces.

El consejo del colegio de abogados dimitió en pleno en una emotiva sesión.

Más pragmáticos, sus sucesores optaron por cuestionar a MacGuffy con argumentaciones políticas y filosóficas.

“Hemos desposeído a los ciudadanos del derecho a mentir, les estamos despojando de la más sagrada de sus libertades, la libertad de pensamiento”, tronaba el civilista y senador ultraliberal, Isahia W.

“Fiando la justicia a las herramientas nuestra sociedad camina directamente al abismo del Estado Policial Totalitario, a la decadencia atea del *Deus ex machina*”, clamaban los anabaptistas.

Pero ni las más preclaras mentes del bando colegial encontraron especial eco en una opinión pública rendida a la eficacia de las máquinas legales de MacPlatt.

Así hasta que apareció Abraham Senior, un judío sefardita propietario de uno de los curriculums más imponentes de la historia de la delincuencia.

Desde Alcatraz, Senior escribió al decanato, por mediación del joven abogado Irving Bartholy, ofreciéndose como cobaya humano para demostrar la imperfección de la Unwood 290. “Les aseguro que para mí mentir es respirar. No creo haber sostenido una verdad en mi vida más que en tres ocasiones,

siendo ésta carta la tercera. Mi convencimiento de ser el hombre que dejará en su sitio al fiscal MacPlatt es absoluto”.

No hablaba por hablar. Los antecedentes le describían no sólo como un hombre capaz de vender a un grupo de turistas la Compañía del Metro de Chicago, el Puente sobre el Hudson o las escalinatas de El Capitolio, sino de venderlos a precios astronómicos.

Pese a semejantes antecedentes, Bartholy no encontró sino escepticismo. “¿Imagina, joven, que no lo hemos intentado? Como decano de este honorable colegio le puedo asegurar que conozco personalmente a los cinco mayores mentirosos de este país (algunos aquí presentes) brillantes bribones que han convencido a todo un jurado de que los espectadores del Yankee Stadium sufrieron una psicosis colectiva al reconocer a Strangler como el hombre que acabó a martillazos con su querida en la grada cinco puerta norte (tras diez minutos de salvajes golpes); procesalistas de mente tan retorcida que conseguirían negar la militancia de Stalin en el Partido Comunista”. “Orpheus, deja que el muchacho lo intente”. “Nunca lo lograremos”.

Pero Bartholy les habló del teorema de incompletud de Godel, de Turing, de Quine y axiomatizaciones que sentaban, fuera de toda duda, la imposibilidad de un sistema de autodemostarse. “Créanme, al lado de mi cliente, los abogados no pasamos de bosquimanos analfabetos. De hecho, él, Senior, nos ofrece sus servicios por magnanimidad, por amor a una causa”.

Pues Abraham, odiaba patológicamente la verdad.

Un odio visceral contra los filósofos realistas, los científicos los jueces y, en general, todos los enemigos de la más fiel y grandiosa causa, la mentira.

Mentira entendida como arte máximo, la capacidad de tornar el no ser en ser.

La capacidad de crear.

De modo que cuando el propio MacPlatt, con sonrisa entre malévola y autosuficiente, colocó a Senior las sondas de sudoración, la faja cardiológica y los sensores respiratorios, Senior no perdió oportunidad de insultarle, de reírse del fiscal y su estúpido proyecto.

Aquel arranque tensó el ambiente y disparó la excitación de los periodistas. ¿Quién era ese hombrecillo bilioso?

A lo largo de hora y media MacPlatt repasó uno por uno decenas de timos cuya autoría por parte de Senior había quedado más que probada en juicios anteriores. A cada no, a cada sí, los brazos gráficos de la Undewood se disparaban en parábolas que se extendían de extremo a extremo del papel corroborando las tesis de la fiscalía. El público empezaba a aburrirse.

“Su turno”, exclamó triunfante y sudoroso el fiscal.

Entonces, como un héroe épico incapaz de perder el dominio en el más negro de los días, como un Philleas Fog de la abogacía, Bartholy cerró con gestos suaves y precisos su portafolios. Sin papeles, sin otro *atrezzo* que su distante presencia, se dirigió al proscenio mirando primero al juez (jamás a la imponente Undewood, negra y reluciente), luego a los doce hombres justos. Su mano izquierda se deslizó por la barandilla que separaba al jurado, al tiempo que su mano derecha iniciaba un vuelo gaseoso describiendo un manso remolino en dirección a la silla de interrogatorios en la que aguardaba el acusado.

“Un sí o un no. A esto se reduce hoy la justicia, así que, Abraham Senior, respóndame a ésta pregunta. ¿Es usted un mentiroso?”

Senior se revolvió con incomodidad y exclamó “Si”.

Como movidos por un resorte, los ojos de los presentes se proyectaron entonces sobre la Unwood, extrañamente quieta, inmóvil, silenciosa. El operario revisaba atónito el gráfico y alguien creyo entender que el fiscal general MacGuffy musitaba un quebradizo “no lo entiendo”.

“Tal vez —continuó Bartholy, tan inalterable como el polígrafo— no comprenda el acusado el alcance de esta cuestión, así que repito la pregunta: ¿Es usted un mentiroso?”

MacGuffy, crispado, apenas oyó el fuerte, triunfal y espléndido “sí” proferido por la garganta del recluso, mientras un operario revisaba los cables y conexiones y la Unwood permanecía impasible. Negra y reluciente. Muda para siempre.

El Señor de las Cañas de Cerveza

Eran tiempos muy oscuros y aciagos, los que se cernían sobre la Tierra Media, esto... ejem... perdón, quería decir, sobre la Vega Media del río Nosesabe, justo al paso por la comarca Nomeacuerdo, que no voy a nombrar por motivos obvios, solo sé que me encontraba en un barrio de mala muerte donde los haya, pero esto no es lo que viene al caso, o sí, pero bueno da igual. Eran tiempos muy oscuros decía, de verdad y ya volviendo al tema que nos ocupa, era ya de noche y hubo un apagón de aupa por la zona, encima el dueño del bar no daba con las velas, por lo que los tiempos oscuros y aciagos no me los saco de la manga, ya que no había forma humana de poder ver una vaca a un metro en ese bar. El olor, o más bien el hedor, a cerveza rebuznada me inundaba como un basto puñetazo en la nariz, la verdad es que no sabía que hacía en ese bar, y menos a esa hora, aunque bueno, la sal de frutas que me acabo de tomar, me hace recordar el gran chuletón de carne que me estaba tomando allí, y que luego no había puñetas a digerir ni con bicarbonato, cuando de pronto, zas, vino de nuevo la luz y ahí estaba La Caña de Cerveza Única, delante de mis narices, en mi misma mesa, la única caña que era capaz de llenarse sola milagrosamente cuando se acababa. No salía de mi asombro, por más que bebía, la cerveza nunca se acababa, y cada vez parecía que había más y más cerveza en esa caña que siempre se volvía a llenar cuando se acababa.

Sin mediar palabra alguna, nueve moteros borrachos que estaban en la barra se me acercaron no con muy buenas intenciones. Sabían de mi preciado tesoro. Menos mal que Garrafandalf estaba cerca para ayudarme. “¡Vamos! ¡Deprisa!” exclamó mi buen amigo, el cual no tuvo reparos en cogermelo del pescuezo y llevarme a rastras hasta la puerta trasera del bar donde escapamos de milagro, eso sí, nunca dejé de sostener aquella magnífica caña con mi mano. Cuyo suave y fresco jugo engullía sin cesar, en una gula cervecera sin nombre.

— ¡Para ya de beber insensato! —gritó Garrafandalf.

— Es verdad no debería de beber tanto de la caña única.

— Ni de la caña única ni de ninguna otra caña, menudo pelotazo llevas. Anda mueve ese culo de una vez, antes de que vengan los moteros borrachos a por nosotros.

— Tenemos que deshacernos de la caña única. La tiraré al cachumbo de la basura de ahí.

— ¿Tú estás chalado, verdad? Hay que evitar que el señor de las cañas de cerveza vuelva a beber de esa cerveza, o la Vega Media y la comarca entera estarán perdidas.

— Pero si la cerveza no se acaba nunca, ¿Qué podemos hacer Garrafandalf?

— Tenemos que llegar al Váter del destino, y tirar de la cadena de Mongul.

— ¿Y donde queda eso?

— Justo en la casa del Señor de la Caña.

— ¿En su garita de crack? ¿Estás loco no? ¿Cómo nos vamos a meter ahí?

— Tengo un plan. Déjalo de mi cuenta.

A todo esto, unos estruendos ensordecedores empezaban a llenar el ambiente. Los moteros borrachos se acercaban montados en sus Harleys trucadas y tubos de escape quemados. La guardia civil de las minas del Fiti, viejo colega de instituto que compró las minas y la carbonera cuando ya no quedaba ni un gramo de carbón en el yacimiento, no andaban cerca. No había más remedio que correr. Corrimos sin cesar tanto como mis piernas, y mi más que notorio pelotazo, me permitían, hasta llegar a un descampado oscuro lleno de ratas entre sus incontables escombros. Por suerte, nos pudimos esconder detrás de unos cuantos ladrillos del doce que por allí estaban amontonados, creo que algo me mordió en el dedo gordo del pie, gracias a Dios que me vacunaron del Tétanos en el colegio.

— Garrafandalf ¿Cuál es tu plan?

— ¿Plan? Ah, sí... el plan... ya...

— Con que no hay plan ¿Verdad? Sabes lo que te digo que tengo sed, y la caña única sigue bien fresquita.

— ¡No! ¡No bebas! Ya sé. Nos haremos pasar por yonkis y nos colaremos en su garita. Y una última cosa... ¡No rebuznes más, so marrano! Con ese hedor cervecero no van a tardar en descubrirnos.

— Perdón, fue sin querer ¿Quieres un traguito?

— ¡No me tientes! —Garrafandalf hizo un gran esfuerzo por contenerse, y finalmente superó la prueba de la caña única.

— El pelotazo que produce esta caña es una carga demasiado pesada para mí.

— Lo sé, mi querido amigo, lo sé. Pero sé valiente, a dos manzanas tenemos la garita, y en su interior el Váter del Destino.

Tras esto, avanzamos unos metros hasta asomarnos a la calle donde se encontraba la garita. Las nueve Harleys estaban aparcadas cerca, teníamos que ser muy cautos para no levantar sospechas, pero mis eructos no es que ayudaran demasiado a hacerlo. Garrafandalf me tapaba la boca con su mano derecha, a la vez que con la izquierda se tapaba su nariz. Fuimos todo lo deprisa que pudimos, por suerte los moteros estaban demasiados ocupados hablando con la madame del prostíbulo que estaba justo enfrente. Entretanto, por fin, llegamos a la mayor garita de crack que había en el barrio. Nos metimos dentro, y si por fuera parecía una pocilga de mala muerte, por dentro parecía la mansión Pélfica de Privendel, un hotel de 7 estrellas por lo menos. Las chatis vestían elegantes, mientras en el centro de la sala, se hallaba un gran señor panzudo con todos sus dientes de oro y un gran puro habano del 57 de unos 30 centímetros aproximadamente. De repente unos gorilas se nos acercaron, estábamos perdidos, en mi mano aún tenía la caña única, en un acto reflejo solo pude acertar a metérmela en las partes más pudendas e innombrables de mi cuerpo, algo que me vino de perilla, ya que pensaron que me estaba orinando encima, por lo que pude

acceder al Váter del Destino sin problemas. Garrafandalf, no obstante se quedó charlando con el señor del puro, mientras pillaba un par de gramos.

Después de llegar al Váter del Destino, abrí la tapadera y allí me la encontré recién hecha y caliente, la peor hez mal oliente que jamás mi nariz olvidará, acto seguido eché toda la pota, y sacando como pude de mi entrepierna, aquella caña única del infierno, pude tirarla, al fin, dentro de aquel Váter del Destino. Al destirar de la cadena de Mongul, atranqué el inodoro y me puse perdido, tan perdido que perdí hasta la conciencia. Tras lo cual desperté, y allí estaba aún sentado en ese mugriento bar, la luz no había venido todavía y me había quedado durmiendo. Menos mal, ahora el hedor de la cerveza rebuznada me parece cuanto menos agradable, y creo que comeré algo menos de carne, y la caña... la caña, por favor, mejor que sea sin alcohol. Estoy harto de beber, aunque solo haya sido un mal sueño, me ha quedado un dolor de cabeza como recuerdo. Creo que hoy me acostaré pronto, pero antes partiré de esta comarca sin nombre al lejano oeste, de donde ya no retornaré, ni falta que hace, a este puñetero lugar.

Fin

El diario

Día cinco de Mayo. Cinco de la tarde.

Siguiendo las instrucciones de mi psiquiatra, voy a los chinos, a comprar un diario. De rayas, para no torcerme. Esta es la única verdad que admito en mi vida: me tuerzo. Y si empino el codo, más. Suspendidas las oposiciones a mejor marido, mi mujer aseguró haberme aguantado demasiado. Desencajada, dijo gritando: “Paco, me suicido, me tiro al mar”. Dicho y hecho; se fue al puerto, se lanzó al vacío, pero casualmente, cayó encima de un barco blanco de ciento cinco metros de eslora, y se pasó cinco días navegando con el capitán. Ni siquiera era pirata, sólo peditra.

Cuando volvió al redil, ya le había cogido apego y le parecía mal dejarlo. Por no hacerles un feo, decidí asumirlo. Así que, esta mañana he pagado el primer plazo del viaje que han emprendido juntos por Estados Unidos, las islas Frigis, Konjon y París, de donde me traerán, eso sí, unos buenos regalitos.

Les propuse Soria, o Logroño, con menos incidencias meteorológicas, —a lo sumo alguna plaga de mosquitos—, pero prefirieron lo otro. Pues vale.

Desayunando todos en el aeropuerto, he “deslizado” en sus tazas, cinco pastillas de laxante. ¡Para que vuelen ligeros!

¡Cinco maletas llevan! A las de mi mujer, les he dado el cambiazo. Ayer compré unas idénticas, y cuando dormía, las rellené con cinco bragas viejas, la bata de “guatiné”, la redecilla del pelo, los rulos, el eskijama, y... cinco rollos de papel higiénico, para el apretón que les va a dar.

De la de él, se encargará un amigo que trabaja en la terminal. ¡Aparecerá cuando vuelvan!

Los billetes resultaron algo caros, porque incluí los de mi madre y cinco amigas tuyas del mus. Se van un día después. A los mismos hoteles, claro. Todas las habitaciones juntas. ¡Que alegría cuando coincidan!. Porque eso sí, mi mujer se lleva bastante bien con mi madre.

¡Estoy agotado!. ¡Esto de despedir amantes, cansa mucho!.

Como soy práctico, camino de casa he visitado una oficina del Inem, para apuntarme a un curso puente de manejo de lavadoras y lavavajillas. No sé si me cogerán, estaba todo lleno, y no sé por qué, de hombres.

Llego a mi hogar. Todo revuelto. Recojo, comida, trabajo, más recoger...

Estoy ya metido en la cama, pero no puedo dormir. Los nervios. Será mejor que empiece mi diario.

Me ha dicho Manolo que anote todo lo que sienta, pero soy tan meticuloso, que temo no hacerlo bien. El, como ya es psiquiatra, me lleva ventaja. Voy a llamarlo.

— ¡Cuánto tarda en cogerlo!, ¿Se habrá dormido?... ¡ya!

— Digaaaaa

— ¿Manolo?

— Sí, ¿quién es?

— Soy Paco

— ¡Coño, Paco!. ¿Qué quieres a estas horas?

— Pues mira, saber qué tengo que poner en el cuaderno este que me has hecho comprar.

— ¿Y para eso me despiertas? ¡Que son las cinco!

— No te quejes. Yo también estoy despierto.

— Sí, pero ¿qué culpa tengo yo?

— Ninguna, pero por lo que me cobras en cada sesión, creo que te puedo utilizar también en turno de noche.

— Sí, claro, y en vacaciones...

— Bueno, ¿qué tengo que poner?

— Pues... lo que sientas. Tienes que poner lo que sientas.

— ¿Cuándo?, ¿ahora?

— Por ejemplo, sí, ahora mismo. ¿Qué sientes?

— ¡Hambre!

— Bien, eso lo siente tu cuerpo. ¿Y tu espíritu? ¿Qué siente tu espíritu?

— Espera, que se lo voy a preguntar. Oye, ¿dónde está el espíritu ese?

— ¿Sabes qué pienso, Paco?, ¡que eres un analfabeto emocional!

— ¿Analfabeto yo?. Oye, sin insultar. Soy director de cinco empresas, he escrito cinco novelas, —de terror, eso sí—, y tengo cinco premios que ya los quisieras tú.

— Sí, pero... ¿qué sabes de sentimientos?

— ¡Todo lo que hay que saber! ¡Para lo que sirven!

— Vale, pues cambio de tercio. ¿Cuándo la besaste por última vez?

— ¿A quién?

— ¡¡A mi mujer!!

— Ayer.

— ¿Qué?

— No, hombre, no, no te exaltes, que era broma. Ya sé que me preguntabas por la mía, no por la tuya. Pues... la besé... ¡la beso todos los días cuando me voy al trabajo!

— ¿Besos de tornillo?

— Bueno... de chincheta más bien..

— Esos ni los anotes, que no valen ni un cuarto de punto.

— ¿Y cuándo hiciste el amor por última vez?

—Pues... no sé, el año acababa en cinco, en un hotel de Chinchón, cuando fuimos a la boda de unos cuñados. Oye... el caso es que estaba pensando... ¿no será ese el motivo por el que no hemos tenido hijos?

—No, ¡qué val, eso son detalles sin importancia, so animal. ¿Cómo me puedes hablar así y quedarte tan tranquilo? Si estuviera ahí contigo te daba un sopapo. ¿Se pueden hacer peor las cosas?

— Mira, lo de los hijos, mejor así. Porque ya dice nuestro amigo Anselmo, que el que con tiernos infantes pernocta, excrementado alborea. ¡Los mocosos son un peñazo, tío! Y además, es que la Pili ya no me “pone” como antes. Se me ha entrado en carnes y ya no está tan prieta.

—¡Levántate!

—¿Para qué?

—¡Levántate y mírate al espejo!. ¿Qué ves? ¿Ves un Apolo? ¿Ves unas entradas más bien ... salidas?. ¿O más bien ves una barriga de presunto embarazado de cinco meses?.

—Pues sí, veo un Apolo, ¡un dios Apolo!

—Mañana mismo, sin falta, pide hora con el oculista. El de tu Seguro Privado, que el de la Seguridad Social es capaz de darte como válido.

—Bien, pero ahora, ¿qué hago ahora?

—Dibuja algo, lo que sea..... (al rato) ¿ya? ¿Lo has acabado ya?

—Si

—¿Qué has dibujado?

—A mí mismo con unos cuernos de kilómetro.

—Bueno, ya vamos entrando en razón. Ahora ya no vas tan desencaminado.

—¿Me estás llamando cornudo?

—No, Paco, no, tranquilízate. Venga, ahora intenta escribir una carta de amor, ¡que bien se la merecel.

—¿Ahora? ¿Y de amor?

—Pues sí, Apolo, pues sí. ¿tienes algo mejor que hacer?

—No mucho, la verdad.

—Luego, a una hora prudencial, me llamas y me la lees.

—No, no, no me dejes así. La hago y te llamo enseguida.

—¡Como se te ocurra volver a despertarme, dejo de ser tu psiquiatra!

— Pues me da igual. ¡Para lo que sirves!. Y de todas formas, ya sé que eso no ocurrirá. ¿Quién te iba a pagar lo que te pago yo por sesión?.

—Cierto. Vale, chantajista, llámame cuando quieras.

“Querida Pili: Me alegraré que al recibo de estas líneas te encuentres bien, yo bien... jodido gracias al Capitán Pediatra. Adiós. Este que lo es: Paco, tu dios Paco.”

—Riiiiinnngggg

—Digaaaa

—Aquí el Apolo Paco.

—¿Ya has acabado?

—Pues sí.

—¡Léemela!

—¡Ni hablar, que es privada!

—Pues la metes en un sobre, le pones un sello y te vas a correos a echarla para que le llegue pronto.

—¿Me tomas por tonto?. ¡Le pongo el sello y la dejo en el buzón!. ¡Así es como le llegará pronto!.

—¡Mejor tu idea!, Veo que mejoras mucho gracias a mi terapia.

—Con avances así ya me hace menos duelo lo que te pago.

—¿Ves? ¡Si ya te lo digo yo!. Con unas cincuenta sesiones más y cinco extraordinarias, todo irá como una seda. ¡A dormir!.

—No, no, ni hablar, que me he despejado y ahora no tengo sueño. Encima, me llaman al timbre; espera un poco. ¿Quién eeessss?

—Hijo, soy tu suegra Me ha llamado Pili y dice que como está unos días fuera en un congreso, anda preocupada por si te sientes solo. Así que hemos venido del pueblo a pasar 15 días contigo. Me he traído al abuelo y a la tía Emerinda. Por no dejarlos solos allí, que ya son muy mayores. Abre, que hace fresquito. ¡Ah! Y baja a ayudarnos, que las cinco maletas pesan mucho.

— Manolo, ¿continúas al teléfono? Manooooo

.../...

—¿Te pasa algo, cariño? ¡Llevas toda la noche gritando: Manooooo!

—¿Eh?.. ¿Qué haces tú aquí, Pili?. ¿Y el capitán? ¿Y mi madre?

—Cielo, estás sudando, ¿llamo al médico?

—No, llama a Manolo, a Manolo.

—¿Y qué pinta aquí tu hermano a estas horas?

—¡Pues a mi madre!.

—Tu madre y la mía duermen en el sofá, que también están cansadas.

—Espera, ¡mi cuaderno!, ¡mis cuernos! ¡dame un beso! ¡Pero tiene que ser de tornillo, no de chincheta!. No, mejor el amor, hacemos el amor. Ahora mismo.

—Paco, cálmate, por favor, ¡que se van a despertar los niños, y si empieza a llorar uno...!.

—¿Qué niños?

—Paco, me estás preocupando... ¿Qué niños van a ser? ¡los nuestros!

¿O ya te has olvidado de que hemos tenido quintillizos?

— ¡Oh Dios!. Manooooo, Manooooo, Capitaaaaannnn

La Kogama

Todo comenzó con una actividad extravehicular no programada. No sólo no programada, sino prohibida, altamente peligrosa y, básicamente, demencial.

Fue Kabaeva, nuestra piloto. Cogió un traje espacial, le añadió adhesivos temporales a toda la parte frontal y recorrió un tercio de la nave por su exterior para acceder a la bodega de carga que yo, inteligentemente, había hecho inaccesible desde el interior. Como una especie de gusano tecnológico se arrastró por el exterior, llegó a la bodega, introdujo la secuencia manual, entró sin ningún problema al haberla despresurizado yo para hacerla tan asombrosamente inaccesible, cogió su botín, lo metió en su bolsa y volvió a la abertura superior cuya alarma no funcionaba desde nuestra aventura con los de la Kisihiro. Volvió a su cabina de piloto, que no debería haber abandonado ni un segundo.

Ya tenía lo que quería. Empezó el caos.

—¡Por el amor de Dios, Kabaeva! ¿Qué te has tomado? —decía el Capitán, o sea, yo, mientras agitaba a la desmadejada y apestosa Kabaeva.

—¡Mire la etiqueta, Capitán! —gritó innecesariamente Li. Estaba pegada a mi oreja.

—A ver, qué Shaitan... Cog—nac. Pone que tiene... ¡cuarenta grados!

—¡Por el amor de la Reverenda! Capitán, ¿eso es posible? —Li le había cogido gustito a eso de gritar en la oreja de su Capitán.

—Es evidente que es posible, Li. Al menos se ha dejado más de media botella. No se morirá. Quizá más tarde, la mate yo. Y por favor, Li, te oigo perfectamente.

—¿Quién está pilotando, *Capitán*? —dijo Raúl, tan oportuno siempre. Y tan socarrón. Jodido Raúl.

—¡Mierda! ¡¡Li, a la cabina, y rápido!!

En la Kogama no había mucha tripulación. El Capitán, o sea, yo; la segunda, que era Li; la piloto, que era Kabaeva; el mecánico, que era Howard; y el de todo un poco pero principalmente matón, Raúl. Con eso nos bastaba y nos sobraba para hacer encargos por todo el espacio conocido y ganarnos un buen dinero, con vistas a nuestro retiro hacia los sesenta años, sesenta y uno, según el último cálculo de Howard... antes del incidente Kabaeva. Ahora que habíamos perdido una parte de la carga, calculé que tendríamos que seguir hasta los sesenta y cuatro. No tenemos seguro. Estamos, como si dijéramos, un poquito fuera de la ley. Además, ¿qué seguro pagaría un accidente de ese tipo? Jodido cog—nac, qué caro es.

—Bueno, Li, ¿en qué rumbo nos ha dejado nuestra alcohólica pero querida Kabaeva?

—Capitán, capitán, mmm, no sé cómo decírselo.

—Li, no puede ser tan grave.

—Mmm.

—Li, habla.

—Mmm.

—Li, por el amor de Dios, deja de decir “mmm” todo el rato. ¿Dónde estamos?

—No lo sé, Capitán. Creo que hizo un salto estando completamente borracha. Y no sé dónde estamos.

—Vaya. Mmm.

—Sí.

—Vaya.

—Sí.

—Habrá que esperar a que se despierte, ¿no crees?

—¿Cree que se acordará de algo, Capitán?

—Más le vale acordarse. Más nos vale que se acuerde.

Raúl eligió ese momento para entrar en la cabina.

—¿Qué quieres, Raúl?

—El rumbo, *Capitán* —cómo arrastra la palabra cuando dice Capitán. Jodido Raúl.

—No lo conocemos en este momento. Estamos haciendo cálculos.

—¿Cálculos?

—Sí, eso que se hace con números y simbolitos.

—*Capitán*, no me tome por tonto —¡Y esto agarrándome por la pechera de la guerrera! Jodido Raúl. Qué descaro, cualquier día se iba a enterar... Pero no ese, había otras cosas que hacer más urgentes. Y esto lo pensé sin enrojecer.

—Suéltame, si no quieres salir herido, Raúl. Convoca a la tripulación en el comedor, vamos a hablar de esto. A las 18:00 hora de la nave.

—¿Y qué otra hora podría ser, *Capitán*? —y salió dejándome con la palabra en la boca. Bueno, sin palabras. La verdad es que no teníamos otra hora.

Allí estábamos los cinco, Kabaeva aún inconsciente, y eso que habría pasado unas diez horas durmiendo su cog—nac. Li me miraba con su habitual confianza, Howard como siempre tranquilo y pálido, tocándose la gafas. Y allí estaba Raúl. Socarrón. Jodido Raúl.

Ese fue el momento que Kabaeva eligió para despertarse. Gracias a Dios. No tenía ni idea de qué podía contarles.

—Kabaeva, ¿se puede saber qué has hecho? —grité, algo fuera de mí. Era comprensible.

—Por Dios, Capitán, mi cabeza, no grite tanto... Necesito agua, agua...

Li le trajo una jarra y un vaso, y se bebió tres vasos seguidos. Después, volvió a acostarse en el sofá.

—¡¡Kabaeva, levántate y dinos dónde estamos!! ¡No te atrevas a dormirte! —volví a gritar.

Y la jodida Kabaeva se volvió a dormir, tres horitas más.

Mientras, fingí una actividad frenética en el puente, y nadie, ni siquiera Raúl, se atrevió a molestarme. Aunque luego confesaron que hacían apuestas a ver cuánto tiempo tardaba en comenzar a mesarme los cabellos. Qué poco me conocen. Me encanta mi pelo. Hubiera empezado a arañarme la cara a la cuarta hora.

—¿Bueno Kabaeva, qué ha pasado? —se lo pregunté con mi mejor tono paciente para resacas.

—Capitán, había alcohol en la nave, tenía que echar un trago.

—Esa parte me la sé, Kabaeva. Me refiero al salto.

Su cara de asombro me heló la sangre.

—¿Qué salto?

—Kabaeva, has saltado estando borracha. Nos has traído a alguna parte. Y tienes que recordar dónde y sacarnos de aquí.

—¿No está en la memoria?

Creo que mi mirada se lo dijo todo.

—Pensé que quizá volvió a funcionar.

—Pues no, los duendecillos no arreglaron nuestra memoria de salto. Confiamos en la tuya. Eres buena Kabaeva. Lo recordarás.

—Capitán, el alcohol destruye neuronas...

—No esas neuronas, piloto, no lo permito.

—Está bien, Capitán.

—Empieza a hablar, piloto.

—Recuerdo que abrí el precinto, y lo eché en un vaso, y tenía un color precioso. Ese color que tiene el buen alcohol —le dejé pasar ese comentario sabiamente. Kabaeva no había visto buen alcohol en su vida—. Lo olí y me pareció maravilloso, cargado de aromas vegetales, rico y poderoso. Empecé a beber. Me puse contenta enseguida y empecé a cantar canciones de la Madre Rusia. Era un país, antes.

—Lo sabemos, nos has hablado de ella —le dije con calma.

—Muchas veces —añadió Li.

—Canté y empecé a entristecerme. Pensé cuánto os quería, y el daño que os estaba haciendo al robar la carga, y cuántos años nos costaría pagar ese momento de debilidad...

—Tres años —dijo Howard entonces.

—Pensé que serían diez. Y me puse a llorar, pero una esperanza se abrió paso en mí... ¡¡Recuerdo!! ¿Y si encontrábamos el carguero Luyuma? Todos seríamos ricos y podríamos retirarnos y vivir la vida en un planeta.

—Y ahora todos vamos a morir —Raúl. Cómo no.

—¡Cállate! —un grito unánime. Bien. Jodido Raúl.

—Y empecé a pensar en todas las pistas que había oído sobre el Luyuma, e iban encajando, una a una, perfectamente... Y decidí saltar a por él, para que no os enfadarais conmigo por robar la carga.

—Bien, entendido. Entendido. Volvamos a la parte en que todas las pistas encajaban.
—No lo recuerdo, Capitán. No puedo. Fue como... una revelación.
El silencio se podía cortar. Empecé a inventar mentalmente nuestras existencias.
—Tengo una idea, Capitán.
Con un gesto de la cabeza invité a Howard a compartirla.
—¿Y si reproducimos las condiciones?
—¿Qué quieres decir?
—Emborrachémosla de nuevo. Quizá vuelva su revelación.

Y a ello nos pusimos. No íbamos a perder nada. Le dimos su botella y un vaso. Bebió tragos cortos. Empezó a cantar. Canta muy mal y en un idioma que ignoramos. Ruso, dice ella. Estaba muy animada. Al rato, empezó a llorar y a pedirnos perdón por su debilidad y a decirnos cuánto nos quería. Incluso hizo mención de abrazarnos. Nunca la había visto ponerse así. Normalmente pasa a la inconsciencia a través del silencio. Lloró.

—¿Sabes cómo podrías resarcirnos? —le dije.

—Sí, encontrando la Luyuma, hics, Capitán —tenía los ojos hinchados y de repente, empezaron a destellar. Asombroso.

—¡A la cabina! —gritó hecha un basilisco. Todos la seguimos, qué remedio.

Fue un frenesí de cálculos cruzados y danzas, risas histéricas y números murmurados, gritados y cantados, mezclando su jerga con el común. Entre baile y cálculo y alarido, se echaba un trago de cog—nac.

Y finalmente habló claramente mientras introducía los datos en el ordenador:

—Estamos en el sistema 3XGH—4R/EMC. Llevamos 26 horas, 38 minutos, quince segundos y 345 milésimas viajando a 0.34523 de la velocidad de la luz, hacia la estrella 324/VB, rumbo 6.0 y lo que aparece en mi radar ahora mismo es una nave de carga Clase C, identificada como Luyuma y en su interior hay trescientos millones de créditos en platino —en ese momento, se desplomó. Guau. El cog—nac ese sí que pegaba fuerte.

Y rescatamos la nave. Y repartimos el botín a partes iguales y todos fuimos ricos. Aún lo somos. Una vida regalada.

Kabaeva, Howard, Li, Raúl. Jodido Raúl... ha resultado ser un pianista excelente, después de todo. Y yo, mis niñas, vuestra abuela, el Capitán de la Kogama.

—¡Dilo, abuela, dilo!

—Está bien. Se pronuncia coñac.

La frase más obscena era ...

Durante generaciones, el pequeño pueblo de Valdealamos de arriba ha vivido de la ganadería — mayoritariamente ovejas— y de sus derivados (carne, leche, queso y lana), sin embargo la época gloriosa del pueblo fue a principios del siglo XIX, alguien descubrió que los quesos Valdeal tenían propiedades afrodisíacas, de ahí la tasa de natalidad del pueblo, setenta veces superior a la nacional.

Las cifras son una cosa seria, dijo el director del Instituto Nacional de Estadística, en realidad eran un 69% superior a la media, pero se redondeó a setenta para evitar las bromas. El pueblo y el país se vieron desbordados por las demandas, un río de oro mostraba a las claras que el mundo estaba falto de queso, ¡de “eso” vamos!.

El baby boom fue tan fuerte en Europa, que tuvieron que inventarse las guerras napoleónicas para reducir la población. El propio Napoleón invadió España por la afición de su emperatriz por ese queso. En aquella época la frase más obscena era *“Quieres un platito de queso”*. El Papa se sintió alarmado por el fuerte consumo de queso Valdeal, no sólo entre sus feligreses, sino también en los conventos de frailes y monjas, lo que provocaba numerosos chistes entre los fieles.

Los gobiernos estaban preocupados, la población se agitaba y la falta de Valdeal durante más de diez días provocaba alborotos que hundían los gobiernos más sólidos. Asustados, mintieron a sus ciudadanos y por razones de "salud pública" prohibieron la distribución del queso Valdeal en todo el mundo.

Doscientos años han pasado y la historia casi nadie la recuerda, sin embargo algo es cierto, Valdealamos de arriba sigue teniendo una tasa de natalidad setenta veces superior a la española, una cosa es prohibir la comercialización y otra que los ganaderos tiren la leche y abandonen la única forma de vida que conocen. La censura evita que esta información llegue al gran público, así la versión original del Tenorio de Zorrilla decía: *No es verdad angel de amor, que en esta apartada orilla, más pura la luna brilla, y el queso sabe mejor.*

Una de las películas mas locas de Hollywood debe su nacimiento al Valdeal, Evaristo “el yankee” fue despedido de la pizzería donde trabajaba, como despedida sustituyó el queso rayado por Valdeal rayado, así nació *Desmadre a la Americana*.

En la Navidad del 1966, Antonio Gomez “el trípode”, abuelo del actual alcalde estaba de guardia en su Acuartelamiento de la Legión, acaba de recibir un paquete del pueblo y escucha por séptima vez *Vuelve, a casa vuelve, por Navidad*. Tristes y aburridos, los legionarios deciden compartir todo lo que tienen y montan un fieston al que "el trípode" aporta cuatro quesos, puesto que en aquella época no había mujeres en el glorioso ejercito español, durante dos semanas los soldados y especialmente la cabra del Regimiento, anduvieron bastante escocidos aunque el informe oficial desapareció misteriosamente...

Tampoco se olvida en USA, el escándalo que se formó cuando el presidente Clinton ofreció un plato de queso Valdeal a una becaria llamada Mónica, —casi le cuesta el puesto— y eso que nunca se mencionó el queso en las noticias.

Corre el año 2039 y las noticias del santo de la Sierra, aparecen en los periódicos nacionales, vive apartado del mundo con sus animales y en armonía con su entorno. La campaña electoral para la elección del alcalde está a punto de empezar y el cura ve su oportunidad. Don Casto, el párroco del municipio si se olvidase del secreto de confesión, podría escribir un libro de posturas que el Kamasutra, parecería literatura infantil. Considera al eremita una señal divina y funda el partido morado, dos partidos presentan a sus candidatos y tras las bromas iniciales se inicia la campaña.

El partido colorado, con su candidato Juan Gomez "el tirano". En frente se posiciona el partido morado, con su no menos conocida candidata Angustias Gomez "la cojonúa". Los motes son una tradición en el pueblo y ambos los usan en la campaña.

El alcalde que se presenta a su tercera reelección se las prometía muy felices, el sobrenombre de "tirano" lo arrastra desde su infancia, con doce años participaba en un concurso de tirar piedras a unas

latas, Juanito era el mejor lanzador del pueblo, le quedaba la última piedra y una solitaria lata desafiaba su victoria. Seguro de su victoria Juan empezó a narrar el lanzamiento como si se tratase de una gran final...

El decidido lanzador avanza, mira fijamente a la lata, calibra el viento, saluda a sus aficionados y tira...no!!!!, entre las risas de sus compañeros la piedra ni siquiera roza la lata y el pequeño Juanito se ha ganado su mote, "el tira...no!!!" que con el tiempo se redujo a "el tirano".

Angustias Gomez la hermana menor del alcalde y su mano derecha durante los últimos tres años en la alcaldía, es su única rival, embarazada de seis meses le dijeron que su marido la engañaba con otra, fue al pajar del "tío Calpurnio" y lo pilló "infraganti" con su oveja favorita. Su reacción aún se recuerda en la comarca, se acercó a su desconcertado marido, le agarró de... y lo llevó desnudo por todo el pueblo de vuelta a casa.

Al día siguiente mientras estaba sentado a la puerta del bar, los amigos le dijeron en broma ¡corre que viene la Angustias! y desapareció a toda velocidad. Desde ese día a pesar de sus esfuerzos, la Angustias sigue sola, hombres y ovejas le huyen como al diablo.

"El tirano" y "La cojonúa", parece un sainete de los hermanos "Álvarez Quintero", "la Maria" la alcaldesa y todos los hombres votarán al "tirano", no es que sea un buen alcalde, es que su mujer es el putón más famoso de la comarca y cuanto más trabaje "el tirano" menos peligro de ser sorprendidos. Las mujeres y el cura por contra votarán a "la cojonúa", inicialmente se buscaba a otro hombre para enfrentarlo al Tirano, pero ninguno quiso enemistarse con "la Maria".

El único motivo por el que el cura y Angustias se enfrentan al "tirano" es para prohibir definitivamente la producción de queso, ambos están casi siempre griposos por sus continuas duchas frías, las mujeres apoyan al partido con reservas, quieren que sus maridos olviden que el "dolor de cabeza", se puede solucionar con un poco de queso y al lío...

A diez días de las elecciones, ambos grupos se vigilan estrechamente, por eso ambos se encuentran en la estación de autobuses, mientras ambos esperan se miran desconfiados, el joven con pinta de stripper que recibe el alcalde, es en realidad Rocco, un actor porno especializado, su consumo de queso Valdeal es altísimo y en su trabajo es una herramienta indispensable.

El alcalde está feliz con su incorporación, si todo sale bien su hermana abandonará la carrera electoral. "el tirano" sabe lo que su hermana necesita, ha visto el brillo de sus ojos cuando Rocco y ella se cruzaron en la estación, así que ofrece una gran cena y mucho queso a su invitado. La conversación entre ellos gira sobre la última película de Rocco.

—En ella hago el amor treinta y siete veces —sonríe el actor—,

—¡Solamente! Se sorprende el alcalde.

—Si es que ahora mi manager me está buscando guiones con mejores diálogos.

—¿Cómo se llamará esa gran obra? —pregunta interesado "el tirano"— es para solicitar a nuestra televisión local que la vaya encargando. Como habrás comprobado eres una celebridad en nuestro pueblo.

—Rocco —sonríe un tanto forzado— sabe lo sorprendido que se quedará el alcalde,
aLlanfairpwllgnyngyllgogerychnyrndrobnwl llantysilio gogoch

—¿Y eso que es? ¿algun afrodisiaco nuevo?

—Es el nombre del pueblo de Gales donde rodamos la película.

—¡En serio! Pues como tengan la misma imaginación poniendo los nombres de las calles, el cartero del pueblo tiene el cielo ganado.

El alcalde y Rocco fingen una discusión y persigue garrota en mano a Rocco, sin embargo éste es mas joven y escapa veloz ante la mirada atónita de muchos vecinos incluida Angustias, alguien sugiere que el alcalde debe haber descubierto al italiano con "la Maria".

Cuando Angustias regresa dormir, descubre a Rocco oculto bajo unos árboles, se acerca a él y lo invita a esconderse en su casa, cuando entran cierra la puerta y se lanza sobre él, empieza a arrancarle la ropa —mientras un brillo de locura asoma en sus ojos—, por su parte Rocco con una sobredosis de queso afectando a su entrepierna cumple una y otra vez...

Al día siguiente el cura llega a casa de Angustias, hoy deben formalizar la candidatura, —pero nadie responde— Rocco tiene nueva compañera de reparto. La alcaldía es de nuevo cosa de uno, mientras en el monte un eremita aún recuerda el día que le dijeron: ¡corre que viene la Angustias!

Pocos meses después el desconcertado cura por su parte recibe por fin la aceptación de su solicitud de traslado, lo envían a una tranquila parroquia en el barrio de Chueca en Madrid.

La magia del amor

*Mi nombre es Dan y nací hace setenta y tres años en una comarca de pocos habitantes cuyas gentes eran solitarias y hurañas, en especial con los habitantes de otras poblaciones cercanas. Esto ocasionó que hubiera pocas parejas y, por lo tanto, pocos nacimientos. Me crié sin la compañía de otros chicos de mi edad lo que provocó que me volviera solitario, más solitario que el resto de la gente. Las únicas palabras que solía intercambiar con otras personas consistía en dos monosílabos: “sí” y “no”, y si no hubiera sido por mi amiga Fresa posiblemente hubiera perdido la capacidad del habla. Conocí a Fresa cuando cumplí los diez años y por aquel entonces no me llegaba ni a la altura del hombro. Mi padre la encontró entre los trigales de su campo y según me contó, tal como solía hablar él, “oraba ‘anto que poía ‘irse desde la posá”**

Fresa y yo enseguida nos hicimos buenos amigos, tanto como permite la relación entre una burra y un humano. A falta de una persona con quien relacionarme comencé a hablarle, desde el amanecer hasta el anoecer le contaba todo lo que hacía: le hablaba de mis intenciones de marcharme de la comarca, le hablaba sobre mis inquietudes, le explicaba como me molestaba las picaduras de los mosquitos, le describía lo buena que estaba la tarta que hacía madre... Supongo que esa fue la razón por la que un día Fresa se giró y me dijo:

—Puedes callarte un rato, me duele la cabeza...

—¿Có... co... cómo has dicho? —tartamudeó el joven a causa de la impresión.

—Decía qué si podías guardar un rato de silencio, que me duele la cabeza.

El sol estaba en su cenit y propagaba sus rayos sin piedad, quemando trigales, haciendo sudar a campesinos y provocando en el ganado una sed de lujuria: los caballos piafan y se daban coces unos a otros por poseer a la yegua más “sexy”, las ovejas corrían en línea recta huyendo de los toros, que en su estado libídine se le antojaban las ovejitas como unas bolitas suaves y “monas”... en definitiva, hacía un calor insoportable y, por eso, Dan había decidido zambullirse en el río hasta la barbilla.

—¿Pu... pu... puedes hablar? —los ojos de Dan parecían tener la intención de saltar al agua y miraba a su burra como si estuviera viendo al fantasma de su abuela, que se hubiera levantado de su tumba con la intención de darle un coscorrón, costumbre que había adquirido cuando Dan había cumplido los cuatro años y que había llegado a causar en él un estado anímico de terror.

—¿Qué pregunta más tonta es ésta? —dijo Fresa, estaba tumbada en la fresca hierba mientras, alargando el cuello hacia atrás y girando la cabeza, se comía todo lo que había a su alrededor.

—¿Cuántos burros conoces tú que hablen? —indagó el joven ya recuperado de su estupor inicial. Cumpliría los quince en otoño, era flaco y tenía el pelo corto y negro.

Salió rápidamente del río y comenzó a vestirse a todo correr, con el resultado de que se colocó la pernera sobre la cabeza. En ese estado precario de su equilibrio comenzó a forcejear con el pantalón con una mano mientras que con la otra se tapaba *sus partes*. No supo explicarse muy bien el porqué de su vergüenza ya que siempre se había bañado desnudo delante de su burra y nunca había tenido ese tipo de complejos, pero ahora se le antojaba más “humana”. Una vez vestido, evitó mirar a su burra directamente a los ojos.

—Muchacho ¿a qué viene esa prisa? ¿Qué te ha picado algo en el trasero y por eso corrías tanto?

—No, es que... bueno sí —añadió. Mejor así, cuando menos supiera su burra de sus inquietudes mejor para él—, creo que me ha picado un cangrejo —<<Dios mío, que tontería acabo de decir, espero que no se halla dado cuenta>>, se dijo Dan.

—Por eso no me meto nunca en el agua, nunca sabe uno lo que puede haber ahí abajo —añadió Fresa sin percatarse de la mentira—. Y en respuesta a tú pregunta de antes: no; no conozco a ningún burro que hable, pero tampoco conozco a ninguno que no lo haga.

Eso era cierto, en la comarca no había ningún burro, solo habían caballos.

Ya más sosegado, Dan se quedó pensativo. Que su burra hablara tenía sus ventajas, ahora ya no tendría que hablar solo.

—Dime una cosa, ¿Por qué no has hablado antes?

—Nunca he tenido un motivo para hacerlo.

—Pero podrías haber hablado conmigo.

—Y que más, si lo hubiera hecho te habría pasado también las noches hablándome —desvió la mirada hacia el cielo en un gesto típicamente humano.

—¿Y qué piensas de todo lo que te he dicho durante estos años?

—Lo cierto es que hacia oídos sordos a tus chácharas y me centraba en mis quehaceres diarios.

Dan se quedó con la boca abierta de par en par, todos estos años que había pasado comentándole a su burra su problemas, sus añoranzas... y su burra había hecho oídos sordos y había pasado olímpicamente de todo ¡De todo!

Un concurso de voces llegaron del centro de la comarca, Dan olvidó que estaba hablando con Fresa y se encaminó hacia el poblado.

—¿Es raro que los humanos hablen tanto y tan alto? —le dijo una voz a su oído, Dan pegó un brinco tan alto que por unos milímetros no se da un cabezazo con la luna. Se había olvidado que su burra hablaba.

—Tienes razón, el único motivo por el que chillarían tanto sería si alguien ajeno viniera a la comarca.

Llegaron entre jadeos de cansancio al centro de la población; los lugareños se hallaban allí, alzando sus aperos y chillando a alguien o a algo que se encontraba en el centro del círculo.

Dan consiguió acercarse lo suficiente para ver al objeto de tal alboroto. Un hombre vestido de naranja en su totalidad y de no más de un metro de altura hablaba sin parar a la vez que gesticulaba en grandes ademanes.

—¡Dan! Menos mal que te encuentro —el hombrecillo se acercó y le estrechó la mano con gran ímpetu.

—¿De qué conoces tú a él? —habló un hombre, de forma brusca e incoherente.

—No —fue la escueta respuesta de Dan, que seguía mirando al personaje que le estrechaba la mano—. No lo he visto en mi vida.

—¡Pues claro que no! Jijiji —habló el hombrecillo mezcla alegría y enfado—. No puede conocerme porque yo soy Jilibary, el ayudante de Bee. Y para que sepáis ¡Bee, es el gran mago y hechicero de todos los tiempos! Mi maestro me ha mandado con un importante cometido, que no es otro que ayudar a este joven, Dan, a que encuentre su gran amor.

—Dile lo que tengas que decir y después irte —volvió a hablar el tipo de antes.

Todos fueron volviendo a sus trabajos hasta que solo quedaron Dan y Jilibary.

—Que gente más antipática —refunfuñó el hombrecillo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —logró articular Dan mientras intentaba soltarse de Jilibary, que seguía saludándole.

—Yo lo se todo y no sé nada, también sé hacer esto —se metió un guijarro por una oreja y le salió por la otra—. Mi maestro me envía a decirte... —carraspeó tres veces y anunció: “Jilibary, ve a la comarca de Luxer que se encuentra en el reino de Nav y busca a un joven llamado Dan, dile que tendrá que caminar tres semanas en dirección este, cuando transcurran esos días encontrará a su amor y será feliz hasta el resto de sus días.”

—¿Y cómo sabe tu maestro eso?

—¡Pero que obtuso eres! ¡Bee lo sabe todo, TODO! Ahora, sin más preámbulos yo me marchó. En un abrir y cerrar de ojos el hombrecillo desapareció.

Esa misma tarde, Dan partió con su burra y una bolsa de provisiones hacia su amor, su futuro y su felicidad. No volvió la mirada atrás en ningún momento. Nunca más lo hizo.

Y esa es mi anécdota, y, cómo supongo, querréis saber lo que pasó luego ¿me equivoco? Pues bien, Fresa y yo emprendimos nuestro viaje y en el camino me enteré de sus inquietudes y de otras tantas cosas que me contaba de día y de noche. Esta vez me tocaba a mi callar y escuchar, pues una vez mi burra comenzó a hablar no pude pararla. También supe que Fresa no había hecho oídos sordos a todos lo que yo le conté durante los cinco últimos años; se acordaba de todo.

En definitiva: fueron tres semanas magníficas. Pasaron volando e incluso olvidé el motivo del viaje, Fresa me lo recordó en el último día, pero nada ocurrió. Ese día pensé que mi sino era quedarme solo; pero no fue así. Una lluvia de chispas rodeó a Fresa y de repente donde antes estaba mi burra apareció una...una...

—¿Una burra...?

Fin

**“Lloraba tanto que podía oírse desde la posada”*

Vodka con churros

— Perolio, sé que piensas que no lo sé, pero ya no tengo ninguna duda. Eres Dios.

— ¿Álvaro, ya empezamos con eso otra vez? No me vengas con jilipollecas a estas horas de la mañana, que estoy más dormido que despierto.

Cogieron el bus que iba hacia el manicomio.

— Que sí tío. ¿No ves todas las señales a tu alrededor?, — señaló a un gorrión que apoyado en un árbol le hacía una clara reverencia a su Dios creador.

— Vale, lo de ese pájaro ha sido raro de verdad. Pero cállate, que quiero echar una siesta antes de llegar. — justo cuando abría la boca, Álvaro le soltó entre gruñidos — o te callas o te mando a mi infierno.

Llegaron a la última parada. Se bajaron y pasaron de largo. Ambos trabajaban en el bar Pepe, que estaba justo al lado. Los locos que conseguían escapar, incomprensiblemente, adoraban su chocolate con churros, y los directores les daban una subvención por mantenerlo abierto. Era claramente otra señal de que Perolio era Dios.

— Que lo admitas Perolio, no vale la pena disimular. Joder Jesucristo sólo aguantó treinta y tres años en el anonimato, tú tienes ya treinta y cinco, ya van siendo horas de que te descubras al mundo.

— Joder Álvaro, como voy a admitir que soy Dios si aún vivo con mis padres.

— Bueno, lo vas admitiendo, lo vas admitiendo. Venga, convierte ese servilletero en una napolitana, que no me apetece trabajar hoy.

Justo, Perolio levantó un dedo, una luz extrañamente brillante entró por la puerta, al mismo tiempo que un ciervo de un blanco puro pasaba raudo por la puerta del bar. El pobre Perolio, sólo pudo decir:

— Desconcertante.

Álvaro se acercó un poquito a su oreja y le susurró:

— Aún tendrás el valor de negármelo. Qué ¿esa napolitana para cuando? — se sentó en una de las mesas del bar. — y encima a mí, que no soy omnipotente, me pagan menos que a ti. Si es que la sociedad es muy injusta. Aunque claro, como el verdadero Dios tampoco tiende mucho a venir por aquí, no hacen huelgas en contra del diosismo, que aunque te creas que no, tienes muchas ventajas.

Perolio tenía la boca abierta.

— No me lo puedo creer. ¡No lo sabías! Esto es increíble. Ya no se puede creer en nada. Ni siquiera Dios sabe ya quien es. Claro, ahora entiendo tanta gente dejando de creer de golpe. Es comprensible.

— Esto, no puede ser. A ver, si soy Dios, ¿por qué no puedo... hacer que... te conviertas en un cerdo?

Empezó a señalar a Álvaro y pero tuvo que levantarse todo lo rápido que pudo para pararle.

— ¡Para insensato, so bestia!

Cuando consiguió que bajara la mano, Álvaro se sentó en la silla de nuevo.

— ¿Quién te crees, Harry Potter o algo así, convirtiendo por ahí a la gente en cerdo? Alucinante, te dicen que tienes todos los poderes del universo y a uno sólo le viene a la cabeza la idea de empezar a transformar a la gente.

— Joder, mucho criticar, pero que te piensas, yo no estoy acostumbrado a esto. ¿No se supone que Dios lo sabe todo? Teniendo en cuenta el hecho de que trabajo en un bar cutrísimo, que casi no me saco el bachillerato y que hasta me tengo que sacar la calculadora para la lista de la compra... no estoy marcando lo que es el estereotipo de Dios ¿no?

— Bueno, hay que tener en cuenta que, bueno, estás en un cuerpo mortal y claro, tienes que pasar desapercibido. Piensa que un tío que en el colegio al que le da no sólo por sacar todo dieces, sino que además va descubriendo nuevas leyes físicas por el camino: cantaría muchísimo. Tú en cambio das el pego de tonto, que no va hacer nada importante en tu vida. Joder, Dios, que listo eres.

— Sí, bueno, es un argumento aceptable. Pero ¿no se supone que tengo que predicar o enseñar algo? Digo yo que después de tantos años fuera, algo tendré que decirle a la gente.

— Sí, la doctrina, eso es algo que hay que ir haciendo más o menos sobre la marcha. Tú te tienes que dedicar a pasearte y con las contestaciones que des, haces un libro. Más o menos como si fueras famoso e hicieras una biografía. Si Beckham tiene biografía, el Dios verdadero se merece algo mejor ¿no? ¿Qué prefieres, la Peroblia, el Perolián, el Toperoliah? Tampoco sería nada muy trabajado, tus mejores frases así por encima y se adorna un poco.

— Pero el mensaje es lo importante, yo quiero algo profundo, algo que cambie la humanidad de verdad.

Perolio fue hasta detrás de la barra y empezó a hacer churros y chocolate. El pobre aún no se daba cuenta de que era Dios.

— Sí sí, tranquilo, el mensaje siempre queda muy bien. Al final todo el mundo queda completamente convencido contigo. Hay cosas más importantes, las que de verdad hay que pulir. Para empezar el profeta. Sin profeta no eres nadie. Él es como tu representante, él da información y tú das la imagen de estrella tímida, en plan exuberante. Mira a Alá y a Mahoma lo bien que les fue. Esos si que levantan pasiones hoy en día. Por supuesto, el profeta seré yo, que para eso te he descubierto.

— Pero a alguien tendremos que ayudar...— empezó a decir Perolio sacando unos churros y poniéndolos en un plato.

— Y también está lo de los milagros. Lo de los panes y los peces ya no vale, que McDonalds ya lo hace. Matar a gigantes con un martillo gigante estaría bien, pero eso de que ya no existen sería un problema. Y lo de lanzar rayos por toda Grecia está claro que al final dirían que es del cambio climático. Hombre, a falta de otra cosa, podemos coger el libro Guinness y te pones a hacer récords como un poseso. — Álvaro siguió divagando. — Aunque siempre puedes optar por hacer algo en plan excéntrico. Mira a Buda, se hartó a comer fabada, se sentó debajo de un árbol, dijo que con en autocontrol estaba llegando al Nirvana. ¡Y la gente le creyó!

— Pero la gente tendrá que escucharme y reaccionar de alguna manera. Buda tampoco... — empezó a decir el acallado Perolio mientras echaba el chocolate en una taza.

— Tienes razón, Dios. Habrá que poner alguna vestimenta chula para los seguidores, para que se distingan entre ellos los que te siguen. No me dirás que los sombreritos de los judíos no son realmente buenos. Pero habría que adaptarlo, no sé ummmm... Bueno, sería cosa de pensarlo.

— ¿Pero no sería mejor hacer algo más revolucionario, algo teniendo en cuenta de verdad al hombre?— consiguió preguntar Perolio sentándose en una silla con su chocolate y sus churros.

—No me vengas con chorradas. Lo único que nos queda por pensar, son los problemas sintácticos. Como coño tiene alguien el valor de decir. “Vete conmigo”, “que yo te lo pague” o “que yo esté con vosotros”. Si es que hablar de otros es mucho más fácil. Nada Perolio, como Julio César, a empezar a hablar en tercera persona. No quiero tener a lingüistas resoplando por detrás todo el rato.

Álvaro siguió divagando. A Perolio le recordó a aquella señora del cuento de su infancia: La lechera. Aquel flash back lácteo, le recordó el chocolate y los churros que tenía delante. Realmente el chocolate no le apetecía nada. Para superar a aquel cargante Álvaro, sin duda tendría que tomarse algo bien cargado de alcohol. Un buen vodka estaría más acorde con la situación

— Ya veo los anuncios en televisión, saldríamos en cuarto milenio...

Perolio pensó en tirar el chocolate y ponerse una copa, pero rápidamente cambio de opinión. Se aseguró de que Álvaro en realidad no miraba nada de lo que su Dios hacía. Levantó un dedo y señaló con fuerza la taza. Durante un segundo de incertidumbre se rió de sí mismo por hacer aquellas tonterías. Pero su sonrisa forzada se tornó por puro y absoluto asombro cuando el marrón del chocolate pasó al transparente color del vodka.

— Vamos Perolio quiero ver si conseguimos que te saquen en A tu lado, te va a conocer todo..., vamos que te vas a hacer famoso. — concluyó Álvaro mientras cogía a Perolio de la mano y lo sacaba del bar. Mientras tanto Dios, no dejaba de mirar para la barra.

Y allí, encima de la barra de un bar que nadie conocía, excepto los locos, quedó sin probar la gran ofrenda que Dios hizo para que toda la humanidad lo conociera: un vodka con churros.

Mi querida vieja etcétera

El perro paseó entre las casetas hasta altas horas de la madrugada. Me reveló, al oído, casi susurró para apuntarlo, que la feria le pareció una tradición aburrida. Le resultó verdaderamente complicado menearse entre las improvisadas calles de albero a causa del bullicio. También le desconcertó que los enormes monolitos negros provistos de cableado que custodiaban las esquinas de los recintos estuvieran siempre desconectados. Por algún motivo que al perro se le escapó, los amantes de la feria de mayo preferían el silencio. Porque en aquellos garitos transitorios, podía afirmarse que los feriantes —aquellos feligreses que acudían en masa a sus santuarios— oraban, apretujados y mudos. Empezaban por asaltar sus templos, construidos con tanta celeridad como rudeza, y lo hacían con tal arrebato, que pocos minutos después de la apertura oficial de aquella semana de feria, no quedaba una silla desocupada en rincón alguno. El siguiente paso consistía en obstruir los pasillos, y luego, las calles.

Y todo, ¿para qué?

Para leer. Sin parar.

Los mostradores, refirió el sorprendido cánido, en lugar de bebidas, servían libros. Y los vendían bastante caros, pero es que en feria todo cuesta más.

En el mejor de los casos, los feriantes se sentaban en alguna silla, pero si no la conseguían, leían de pie, apretados unos contra otros, casi sin espacio para abrir sus libros. Y así dejaban transcurrir las horas nocturnas, literalmente muertas, hasta que aparecían las primeras luces de la mañana. Entonces, en cuanto clareaba algo, abandonaban su cubil y deambulaban entre las cenicientas callejuelas labradas con polvo en busca de alguna de las muchas churrerías ambulantes. Cuando atinaban con alguna, rejuvenecían varios años. Eso después de beberse un chocolate aguado y masticar media docena de churritos.

A continuación, la mayoría, en lugar de recogerse, regresaba a las casetas y seguía leyendo. Sólo cuando los párpados superiores se derrumbaban sobre los inferiores y además se negaban a levantarse, cerraban los libros y volvían a casa. Entonces, exhaustos, se desplomaban encima de sus cuadrilongos colchones. Los muelles rizados les preguntaban, con sus vaivenes, dónde demonios habían pasado la noche y qué horas eran aquellas de llegar.

Menuda batahola, la de las fiestas del mes de las flores.

Los aficionados a la feria, descubrió el perro, suelen responder a cierta tipología, una de carácter muy firme que ahorra durante los doce meses del año para dilapidar, durante aquellos santos siete días, lo que habían atesorado hasta entonces. Porque viven en y para la feria. Se queman las pestañas tragándose capítulos enteros de novelones. Además, faltan al trabajo, pero es que esa semana está permitido descuidar todo lo que no sea leer.

Algunos se comportan de manera diferente.

Sí, unos pocos no son feriantes. No estropean su vista entre palabras negras, ni roban al descanso nocturno las horas que precisa para recomponer el cuerpo, sino que se interesan por la cultura.

Y en esta región, la cultura es el vino. O como alternativa menor, la cerveza. Aunque no para los puristas.

—Porque aún quedan unos pocos, incorruptibles, como vosotros —dije a la pandilla que me rodeaba en aquel banco de piedra—, que se bañan en agua de rosas, saborean el néctar destilado, el jugo de la tierra y el sabor pedregoso de los viejos caseríos; espíritus que mantenéis vivas las antiguas tradiciones. Vosotros repudiáis los libros y paladeáis la vida. Brindáis al día, y a la noche, y al amor, y a la fauna de los montes. Este perro me contó que los feriantes os ridiculizan porque no seguís sus principios. No os entienden, y lo que no se entiende, opinan que no puede ser bueno.

Uno me insultó. Dijo que iba a reírme de una mujer que compartía uno de mis apellidos, a quien supuso practicante de un oficio viejo, pero yo, entonces, algo achispado, no entendí de quién debía reírme.

El joven que los lideraba ordenó al que me interrumpió que me permitiera seguir. Aún faltaba el final de la historia.

El perro vio entrar en una caseta a un joven con una botella de vino, en evidente estado de embriaguez. Daba voces y brindaba por la feria de mayo. Los feriantes le sisearon. Molestaba. El borracho los llamó ciegos, insulsos, vacíos. La vida se acaba pronto, dijo, y la desperdiciáis por un conocimiento que sólo os traerá dolor. Les animó a que cerraran los libros y a que brindaran con él. Pero los feriantes son muy brutos. Una vez que advirtieron que no servía de nada pedirle que se callara, se agruparon —abrí un paréntesis y dije: Como os gusta hacer a vosotros— para decidir en pandilla qué iban a hacer con él. La deliberación fue rápida. Lo sujetaron entre varios, lo tumbaron en una de las mesas y anunciaron que, por las buenas o por las malas, disfrutaría del sabor de un buen libro. Arrancaron páginas de una guía de teléfonos y se las hicieron tragar. Primero las arrugaron hasta formar con ellas bolas de papel. Luego se las introdujeron a la fuerza en la boca, una a una. Para que las pudiera tragar, le dieron agua en lugar de vino. Cuando empezó a vomitar sangre y papelitos, lo soltaron y, como si fuera un talego, lo lanzaron dentro de un contenedor de basura. Luego volvieron a sus libros, hasta el amanecer del día siguiente.

—Me gusta ese final —dijo el joven que los lideraba. Luego añadió, dirigiéndose a sus compañeros—: Y a vosotros, ¿os gusta también?

De algún modo, la narración resultó profética. Se me ocurrió que cada historia (escrita, filmada, imaginada, contada) siempre parecía un eco de otra que sucedía en algún diferente trocito de realidad, bajo otros nombres y circunstancias.

El perro rompió a reír, como ellos. Vaya carcajadas. Nadie podía dejar de reír.

Mi querida vieja etcétera. ¿Quién comenzaba uno de sus poemas con ese verso? Declamé, como pude, parte de una composición de cummings (así escrito, en minúscula, como prefería el poeta de New Hampshire), que me tomó por asalto con cierta violencia:

*i shall not weep.
sylene beyond the mistery of rhyme.*

A la mañana siguiente, alguien me encontró en un contenedor de basura, inconsciente, bañado en mi propio vómito, mezclado con sangre, entre bolas de papel. Y avisó a la ambulancia que me llevó al hospital.

Bukkake

*“No me follo cabras: yo les hago el amor”
Mr. Rictus, Se Busca*

Cien tipos desnudos hacían cola con los penes erectos. En un extremo de la fila, una actriz tenía la boca abierta y los ojos cerrados.

—Esto me recuerda a los videos de los nazis —dijo Javi—, esos en los que los judíos están esperando a que los gaseen en las duchas.

—¿En serio? —respondió el tipo de delante—. Yo creo que es surrealista. Aún no me creo que vaya a hacerlo.

—Es tu primera vez, ¿verdad?

—¿Tanto se nota?

—Bueno, sólo un poco. Me llamo Javi.

—Ramón.

Los dos hombres se dieron la mano mientras sostenían sus miembros con la otra. Javi era rubio de ojos verdes y amplia sonrisa. Tenía casi treinta años, pero aparentaba menos. Por su parte, Ramón era calvo y bajo, pasaba de los cuarenta y tenía aspecto cansado.

—¿Te dolió...?

Ramón señaló el pene de Javi. En su punta había una bola plateada.

—¿El piercing? Un poco. En realidad no fue idea mía, sino de mi ex novio.

—¿Novio? ¿Eres gay?

—Claro.

—¿Y que haces aquí? Esto es una escena para una película heterosexual.

—Piensa en que consiste: cien tipos de diferentes calañas eyaculando sobre una pobre desgraciada. Cien pollas. Esto es lo más homosexual que se ha visto nunca.

—Pero al final de la fila hay un par de chicas que nos ponen a punto. ¿Qué harás cuando llegues?

—Nada —respondió Javi—. Con tanto tipo desnudo ya estoy a tono. ¿Sabías que la que se lo come es en realidad lesbiana?

—¿Anastasia Saint? Pero si la vi en “Chorlitzos lefosos 38” tragándoselo todo.

—¿Es en esa peli en la que ordeña a un burro?

—No, yo te digo la que congela el esperma de varios tíos en un cubilete para helados y se hacía un polo de semen.

—¡Ah, sí! Pero los tíos eyaculaban en el recipiente. Ella sólo se lo comía.

—¿Seguro?

—Claro. El que sea famosa por eso no quiere decir que lo haga en su vida cotidiana. Estoy seguro de que odia su trabajo. Aunque no te lo creas, cuando salimos de rodar, somos personas de lo más normal del mundo.

Javi se dio la vuelta de un salto. Detrás de él un negro de dos metros de alto por medio de ancho le miró extrañado.

—Oye —le dijo—, deja de empujarme con la polla, ¿quieres?

—No es culpa mía —contestó el coloso—. La tengo tan larga que a veces no calculo.

El hombre agarró su tranca y la empinó hacia arriba.

—¿Cuántas veces has hecho esto? —preguntó Ramón.

—Cientos. Me dedico de manera profesional a la pornografía, sobre todo la destinada a un público gay. ¿Por qué lo haces tú?

—En realidad, es una de mis fantasías de siempre, aunque no es lo mismo verlo en tu casa que estar aquí, rodeado de vergas sudorosas que te miran mal.

—Casi todos son amateurs, como tú, pero hay algunos que no. Por ejemplo, el gordo peludo que tienes delante es Semiorco, especializado en zoofilia en sitios pequeños. Tiene una escena con una vaca en un ascensor que es cojonuda.

—Sí, creo que lo vi en “Qué difícil es joder con una jirafa en un Simca 1000” —dijo Ramón—. Ganó el AVN a la mejor banda sonora.

—El de la melena rubia se llama Clint Nort y es capaz de acertarle en el ojo a una tía a metros de distancia. El de delante es Trancos 2, y se hizo famoso por trasplantarse el pene del Trancos original cuando éste murió.

—¿Y le funciona?

—Claro, se lo dejó en herencia, y él hará lo mismo con su sucesor. Dicen que la dinastía acabará cuando se lo trasplanten a una mujer —aclaró Javi—. El del gorro con orejas de Mickey Mouse es Don Pin Pon. Tiene la absurda idea de que la mayor parte de la pornografía la ven los menores de edad, por lo que sus películas tienen un alto contenido didáctico. Hizo un especial del Quijote y todo. Y aquel de allí es Down, el único actor porno con retraso mental demostrable de toda la historia.

—¿Tiene el síndrome de Down?

—Sí, pero con ese rabo de 35 centímetros, ¿qué quieres, que haga llaveros en un colegio especial? Además, él se lo pasa bien.

—Oye, ¿no es una tía lo que hay allí? Al principio.

—No. Se llama Ken Kenner. Se puso unos pechos de silicona talla 110, pero se sigue considerando a sí mismo un hombre. Sus films son masoquistas con componentes de coprofagia. Y el de la cámara es el director, Malone Holmes.

—¿En serio? He oído que murió en la India, mientras retroeyaculaba.

—Eso dicen. Se cambió la cara, el pelo y se dejó barriga, pero todos los que le hemos visto la polla sabemos que es él. Imagino que lo hizo para evadir impuestos.

Un enorme cipote negro golpeó con violencia la cabeza de Javi.

—¡Joder! —gritó al tiempo que se daba la vuelta—. ¿Estás tonto?

—Perdona, pero es que me he escupido en la mano para que estuviera lubricada y se me ha escapado.

—Controla tu rabo, que duele.

—Aquí el suelo está pegajoso —dijo Ramón.

—Algún imbécil que ha terminado antes de tiempo. Hay quien no puede contenerse tanto rato.

Una anciana pasó contando a los hombres con el dedo. En su mano derecha llevaba una libreta de tapa dura.

—Kim Lambers, la productora. ¿Te gustan las pelis de viejas?

—Prefiero las de embarazadas —respondió.

—Ella revolucionó el género en los cincuenta. Reinventó el kamasutra.

Los hombres estaban ya al final de la fila. Cinco mujeres les esperaban para hacerles la puesta a punto antes de acercarse a la estrella de la película. Una de ellas trataba de esforzarse con un señor mayor que tenía un gatillazo.

—Ya casi hemos llegado —dijo Ramón, ansioso—. No me puedo creer que esté aquí. Tengo ganas de salir corriendo.

—No te pongas nervioso —resplió el joven—. Esto no es nada extraño ni inmoral. Todo el mundo tiene sus fantasías, sus sueños.

—De repente me acuerdo de mi mujer y mi hija. ¿Sabes? Toda la vida viendo pornografía como una forma de evadirme de la realidad... y ahora el mundo irreal viene a mí. Me siento culpable por algo que deseo hacer.

El olor era nauseabundo debido a que una de las mujeres que apretaban las clavijas a los actores de la fila había vomitado debido a la cantidad de mamadas que había tenido que hacer. Las piernas de Ramón temblaban tanto que parecía que se iba a caer en cualquier momento.

—Como ves, puede que seamos unos enfermos del sexo y practiquemos todas sus perversiones, pero eso no quiere decir que seamos el diablo. No hay nada malo en lo que haces, Ramón. Tu vecino, tu jefe, la vieja que va a misa los domingos... todos han visto porno y se matan a follar. Todo el mundo es igual que nosotros, aunque no se quieran dar cuenta.

—Tienes razón —dijo el hombre con ilusiones renovadas—. Ahora no puedo fallar. Ellos harían lo mismo que yo.

—Ese es el espíritu. Además, estoy seguro de que tú no eres menos que nadie. ¿A que te dedicas cuando no te la estás pelando?

—Soy profesor de filosofía y ética en un colegio de curas.

Javi no se quedó en silencio con gesto contrariado.

—¿Pasa algo?

—No me hables —contestó el joven.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué he dicho?

—Tío, eres un enfermo. Te pasas el día rodeado de niños y ahora vienes aquí. Debería mirarte un loquero.

—¿Pero qué dices? Yo separo mi trabajo de mi vida. ¡Los niños no me ponen!

—¡Seguridad! —gritó—. Aquí hay un pederasta.

—No es cierto.

Dos gorilas flanquearon a Ramón.

—Este tío es un follaniños —dijo Javi—. Le gusta tirarse a críos. Si le pillan aquí os meterán un paquete.

—A la puta calle, que es gerundio —dijo uno.

—¡No! ¡No me podéis hacer esto!

—Maldito pedófilo —continuó el otro—. Tengo un sobrino de trece años que ya fuma porros por culpa de gente como tú.

—Javi, di algo —suplicó Ramón.

—Yo de vosotros —dijo—, le pegaba una paliza y le mandaba la ropa por correo certificado.

Agarraron a Ramón de los brazos y lo sacaron a rastras del recinto.

—¡Por favor! —gritaba—. ¡Este es el sueño de mi vida! Estaba tan cerca...

Los gritos se hicieron cada vez más lejanos. Instantes después, le tocó el turno a Javi frente a la actriz. La capa de líquido blanco era tan espesa que no se distinguía quien había debajo. Mientras eyaculaba, un rabo negro golpeó contra la oreja derecha de Javi.

—Y tú —dijo sin darse la vuelta para no estropear la escena—, eres el tío más tonto que he visto en mi vida.

Gorilas en la niebla

Hasta ese día no recordaba haber visto “Gorilas en la niebla”. Hasta ese día, porque todo cambió cuando distinguí, entré la espesa humareda alienante, la oronda silueta de los gemelos Martínez acercándose hacia mi rincón del gran sofá de piel.

Deseé que fueran imaginaciones mías, pero bueno, nunca he sido muy afortunado.

—Eyyy —rebuznaron al unísono, y muy fuerte tuvieron hacerlo para que los pudiese oír con ese pachanguero infernal retumbando en el amplio salón de la casa de verano que mis padres habían dejado libre por unos días.

Me haré el dormido, pensé, cerraré los ojos despacio y simplemente pensarán que voy muy fumado. Dejaré que la china que ha desprendido del canuto me queme el pantalón de pana mientras rezo a Dios porque no atraviese del todo la telaaaa...Ayyyy... Bueno, por algo soy ateo.

Salté de mi confortable rincón palmeándome los muslos como si buscara un diamante perdido en la arena. Me volví a sentar y ya no estaba solo: me flanqueaba un hermano en el reposabrazos y otro a mi derecha, repantingado, con un pie en la mesa de cristal. Sus melenas de heviata me rozaban, sus cuerpos también. Creo que no olían muy bien, pero el ambiente lo absorbía todo. Intenté dar otra calada para hacer más llevadera la situación y me supo a aire: se había apagado.

—¿Tenéis fuego?

La pregunta era estúpida. En la universidad se creía que los gemelos pertenecían a un eslabón perdido de la evolución cuyos miembros nacían con un pitillo en la diestra y un encendedor en la siniestra.

Aspiré la boquilla mientras uno de ellos mecía un fuego inseguro frente a mí. Pensé en alguien no muy diferente a él millones de años atrás, haciendo chocar dos piedras y perpetuando el descubrimiento del fogoso elemento.

El humo se escurrió en mis pulmones con un cosquilleo onírico; luego salió en forma de nube ominosa. Giré la cabeza, ido; vi al hermano que tenía a la derecha, supuestamente el menos feo de los dos, y lo vi atractivo, quizá porque me gustó esa sonrisa bobalicona que formó, junto a su perilla, un triángulo perfecto. Acudió a mi cabeza la imagen del ojo de dios en el centro de una pirámide que enseguida se invirtió.

Triángulo invertido, un ojo... ojete, Dios. Dios-ojete... el Teletubbie morado. El Teletubbie morado colgando del triángulo, el ojo mirándolo desencajado y la pupila girando en espiral como en los dibujos animados... Qué mal voy...

—Necesito aire...

Legué el canuto al primero gemelo menos feo y centré mis mermados sentidos en intentar levantarme. Me costó. No en vano hacía un rato que mis músculos reaccionaban tarde a los impulsos de mi adormilado entramado nervioso. Cuando lo logré, el hermano de la izquierda perdió su apoyo y cayó sobre el otro entre risas.

Torpedamente me deslicé entre la gente, que perpetraba con poco acierto la abominable coreografía de la canción de moda. La mayoría me ignoraban, algunos apuntaban sus índices carcajeándose del fumado caminante, otros volvían a mí miradas compasivas sobre labios curvados hacia arriba. Deseé ser invisible.

Me detuve un momento para escuchar la apasionante conversación de dos borrachos que se sostenían a duras penas hombro con hombro. Jugaban a decir palabras empezadas en “con”, y uno insistía en que comadreja iba con n. Yo estuve de acuerdo.

—¡Ignacio!

Demasiado me entretuve. La chillona voz de Susana, perfecto arquetipo de rubia de bote neumática, me alcanzó justo antes de enfilarse el pasillo. Su brazo también.

—¡Ignacio! ¿Bailamos? ¿Bailamos?

Empújala y corre, ¡odias que te llamen Ignacio!, me dijo mi lado demoníaco ¡No!, sólo pellízcala y escapa, propuso el lado bondadoso. ¡Idiota! Si la pellizas dirá que eres un picarón, te sacará a bailar a la fuerza, te rodeará con sus brazos y no te soltará en toda la noche, y tendrás escuchar sus estupideces de

pija ordinaria: que si me voy a aumentarme en cinco tallas las tetas, que si el de latín me tira los trastos, que si Paris Hilton es una incomprendida, que si se me ha corrido el rimel, que si ayer se me corrió este otro en...

Tengo hambre...

Lamentando mis escasos recursos, acabé empujándola suavemente contra una multitud que la ninguneó y la vio trastabillar hasta caer de bruces con un grito. Hasta para estamparse era pija. Recé por que la resaca le borrara los recuerdos de esa noche y, de vuelta a las aulas, me volviera a pasar esos apuntes tan bien ordenados en libretas rosas y llenas de corazoncitos. Era pija, pero aplicada.

Acuciaba el hambre, así que me dirigí presto a la cocina. El humo se hizo menos denso conforme me alejaba del epicentro de la fiesta, y quizá por eso empecé a ver más cosas de las que me hubiera gustado. Agg, diablos, ¿qué es esa sustancia amarillenta hay junto a la pared?, me pregunté horrorizado. Espero que se vaya con jabón. Ooohh ¡no, no, no! ¡No te apoyes en...! Ay madre, pobre cactus... ehh ¿qué demonios es este...? Jooder, ¿para qué está el lavabo?... ¡Y cerrad la puerta de la calle! Hay una granja cerca y el viento a veces trae un olor...

Intentando olvidar que a la mañana siguiente, con toda una señora resaca, iba a tener que realizar amplias labores de limpieza, desinfección e incluso de reconstrucción, alcancé la cocina. No fue fácil, ya no sólo porque las paredes se movían mucho, sino por la gran variedad de obstáculos que tuve que sortear: un camello insistente (a dos patas y sin jorobas, por desgracia); una conga improvisada que se bamboleaba peligrosamente; un trozo del cactus que voló de una patada rabiosa; mi gato, antaño negro, pintarrajeado y huyendo de un impresionista del spray; un colgado empeñado en convencerme de que un toro había entrado por la puerta trasera y se había hecho fuerte en el lavabo...

La cocina-comedor era, al igual que todo en esa casa, de grandes dimensiones, y había sido ocupada por grupos organizados de gorriones y gente que hacía uso poco decoroso de los rincones más alejados y oscuros. El aire estaba mucho más limpio que en el salón, pero flotaba en él cierto aroma a vicio que no tapaba el olor de las patatas fritas que crujían a cada paso, de las fiambreras de embutido vacías y demás clases de alimentos desperdigados aquí y allá.

Aferré el pomo de la nevera tras llegar patinando sobre los restos de algo pulposo que no llegué a identificar. A mi izquierda se extendía una larga encimera que llegaba hasta la pared y doblaba por la esquina para seguir su recorrido hasta llegar a la vitrocerámica. Frente a ella un individuo besaba apasionadamente a otro. Luego agarró sus nalgas y lo levantó, con tanto ímpetu que lo golpeó contra el extractor y éste sonó como un gong.

Arranqué en un carcajeo sin freno, y entre el tembleque de la risa y el suelo resbaladizo mis piernas empezaron a bailotear absurdamente hasta que perdí el equilibrio y quedé sujeto del pomo de la nevera a dos palmos del suelo. Al intentar levantarme me eché hacia atrás, abriendo la puerta, haciendo tintinear las pocas botellas que quedaban. Me aferré como pude al compartimento lateral más bajo y fui escalando cual alpinista hasta el más alto, donde estaban los huevos. Rompí con mis dedos un par de ellos y el resto llovieron sobre mí cuando el cajón cedió a la presión. En un último esfuerzo me estiré para intentar asir con la mano izquierda una de las bandejas del compartimento principal, lográndolo, pero las claras y yemas desparramadas hicieron resbalar mis pies hasta la falda de la nevera, donde mi propio peso inerte hizo palanca provocando que el monstruo blanco empezara a inclinarse hacia mí.

Pedí auxilio, pero mi deseo anterior se había cumplido: era invisible.

Me pasó la vida por la cabeza, y la imagen del Yeti, y también el pudín de mi madre, una ensalada muy completa y aliñada, una dolorosa botella de cava a la que la acompañó una fuente llena de fresas bañadas en azúcar; y latas, y un bol con olivas, sobras del chino, toda suerte de hortalizas...

Y al final... bum.

La ayuda llegó tarde, sólo a tiempo para sacarme de debajo de aquel inmenso electrodoméstico antes de que me ahogara la macedonia de sabores en la que estaba hundida mi cabeza semi inconsciente.

Me ayudaron a apoyarme en la esquina que formaban una columna y unos cajones, junto al desastre. Oía a muchas cosas, pero sobretudo a fresas. Entreabrí los ojos y me vi rodeado de curiosos que al poco se pusieron a gritar. Entonces perdí ligeramente la conciencia. Cuando la recuperé estaba solo. Bueno, no

del todo: me acompañaba una vaquilla de generosa cornamenta que limpiaba ávidamente el suelo. Luego me limpió a mí.

Desee volver a mi rincón del sofá, acompañado por aquellos dos gorilas, entre la niebla.

Atanasio Patanatos

Atanasio Patanatos no le temía a la Muerte.

« ¿Y por qué iba yo a tenerle miedo a la Muerte? – solía preguntar a quien tuviera cara de poder responderle –, ¿acaso no es una mujer? ¿Y cómo se le puede tener miedo a una mujer, eh?». Y el interrogado (por norma genérica) le miraba de soslayo, ensayaba un rictus con las comisura de los labios señalando al gaznate, calaba un par de veces una especie de cigarro mal liado cuyo contenido, de tan mezclado, era incógnita, y no había nada.

Sin embargo, aquella mañana, la infinita nebulosa que hacía por mente en Atanasio no estaba para humores metafísicos.

Tumbado en la cama, sin abrir los ojos, se estiró cuan largo era (que no era mucho) y se concentró en las zonas cutáneas donde las sábanas le rozaban o, diríase más sutilmente, se posaban para cubrir aquella isla de amondongada soma que el incrédulo espíritu de Atanasio tenía por hogar.

Se atrevió a abrir los ojos. El techo.

- ¡¡Buenos días, marmota!!... Me has hecho esperar casi una hora, así que tuve que entretenerme con algo. No me gusta esperar, guapo.

La mirada verdegris aceituna con reflejos dorados de Atanasio viajó sin transición aparente del techo hasta la zona del espacio de donde procedía la voz, cuya dueña, completamente desnuda y de pie junto a la cómoda, permitía que sus dedos hurgaran felices en la cartera de cuero de becerro taiwanés de Atanasio. « ¿Y éste bellezón...de donde sale? Ah, bueno...», pensó.

- No me cojas demasiado que no ando muy flamenco de pelás. Joder, no me acuerdo de nada y encima tengo que pagarte.
- ¿¡Pagarme! ¿Tú a mí? No te entiendo...
- ¿...? ¿Cómo que no me entiendes?
- ¿Me vas a preparar el desayuno?

Atanasio se cabreó. Es más, casi podía ver a las cabras, decenas de ellas, entrando por la puerta del dormitorio y encaramándose a los muebles y a la misma cama donde él estaba medio incorporado, apoyando los codos sobre el colchón. Parpadeó y observó a la muchacha, que no tendría más de veinte años. El pelo lo llevaba largísimo, casi hasta la cintura, negro como ala de cuervo. Poco más pudo distinguir entre tanta cabra.

- ¿El desayuno? ¿Pero tú estás tonta?

La muchacha torció el gesto. Ese comentario le había hecho poca gracia. Contraatacó con el DNI de Atanasio en la mano. Leyó:

- “Atanasio Patanatos” – le miró, sonriendo –. Con ese nombre me imagino que trabajarás en una funeraria, ¿no? Tánatos en griego...
- Mi padre era griego y mi madre de Alcorcón – le cortó –. Y gracias por el chiste pseudointelectual.
- Un placer. Yo me llamo Helena Carmen. Ayer mis amigas se estuvieron riendo de tu nombre casi toda la noche y tú ni te inmutaste. Cuando te traje a casa me prometiste el mejor desayuno de mi... vida y aún lo estoy esperan...
- ¿Cómo que me trajiste tú? ¿A mi casa?
- Si, claro, estabas muy borracho. Además, no acostumbro a dejarme guiar por los tíos, son ellos los que se dejan guiar por mí.

«*Menuda loba estás tú hecha*», meditó nuestro encamado héroe.

- Estoy cansado – dijo en cambio, en una especie de gruñido suprahumano y mañanero –, y encima tengo que ir a trabajar.
- ¿A la funeraria?
- ¡Qué funeraria ni qué...! Noooo, soy... – «*el ayudante del asistente de la secretaria del jefe de sección de la empresa AUPA SL., donde se fabrica material para escaladores profesionales. Me llaman “el flamante chico del café”*», pensó –. No, no, soy empresario. Bueno, me dedico al sector informático de una empresa..., pero voy haciendo planes y tal. Quiero irme, ¿sabes? Pagan poco.
- ¿Cuánto?
- «*Bueno, qué más da*», pensó – 997.34€ en dinero negro. Sólo “redondean” en fechas clave: Navidad y vacaciones de verano... y el extra lo dan en monedas de un céntimo, eso sí. Creerán que les queda muy elegante. Qué asco.

Ella no dijo nada. Se limitó a acercarse a la cama – virtuosismo puro: no chocó con ninguna de las cabras, que empezaban a desfilar fuera de la habitación a medida que ella se aproximaba a Atanasio –, se inclinó sobre él, le cogió las manos y, con determinación y alevosía, le besó, una a una, todas las yemas de los dedos. Ante lo cual, Atanasio se relajó, apoyó la cabeza sobre la almohada... y se quedó dormido. Y es que hay noches que incluyen en el paquete amaneceres implacables.

Cuando despertó ya era más de mediodía. Meditó estratégicamente la situación y decidió que lo más conveniente sería ir a trabajar. Cuando se encasquetó los pantalones notó que algo se le deslizaba espinilla abajo. Con pánico (¿una cucaracha exploradora?) y una gran dosis de valentía miró al suelo y vio que era una tarjeta con un número de teléfono, firmada por una tal Teresa:

» *Aún espero mi desayuno. Si cuando me llames te responde un hombre, cuelga o eso será lo que haga él contigo... literalmente.*

¡Un beso! Teresa «

Alcanzó a traducir, la letra era picuda hasta el absurdo. Lo único claro era el nombre, pero no recordaba conocer a ninguna Teresa y, desde luego, lo del desayuno esperado le sonaba a entelevia. Tiró la tarjeta al suelo con desgana, cogió las llaves de la casa y se las metió en el bolsillo del pantalón.

Cuando llegó al ascensor, las llaves ya no iban con él.

Atanasio jamás alcanzaría a ver el reguero de ceniza que había dejado a su paso, justo del lado del bolsillo derecho, donde las había guardado.

□ □ □

Alrededor de las 9:00 p.m. Atanasio Patanatos se planteaba seriamente el dedicar su vida al noble arte de rellenar botellas de cristal con cenizas de colores.

El día había sido un caos. No había comido nada, no podía: todo aquello que tocaban sus manos se convertía invariablemente en ceniza, una ceniza original – nada de tristes grisuras – del mismo color del objeto condenado. Había probado a ponerse unos guantes, pero no le duraron ni dos nanosegundos puestos: se hicieron literalmente polvo. Los botones del ascensor: polvo. Los folios, las carpetas, las tazas del café, la cafetera, la máquina de los chicles antinicotina, la falda de Antonia: polvo. Eso sin contar con que de milagro no se pulverizó también las narices (recordó a tiempo). Aunque lo de Antonia tuvo su momento, porque jamás moza alguna había tenido tanto éxito en una oficina, y ella, consciente y agradecida, dejó impetuosamente sus huellas dactilares en los mofletudos carrillos patanatenses.

Por eso, al fin, nuestro cenizo héroe, a las 9:00 p.m. desistió de tocar nada (excepción hecha al BMW del jefe, recién alcanzado el estado de desesperación óptimo, y volcando todo su odio contra la mítica opresión de la supervivencia de los 997.34€ al mes).

Al salir a la calle obsesivamente se fijó una vez más, como cada día, en el establecimiento de la acera de enfrente: **Tanatorio “El Imperio de Hades”**.

Tuvo un vago recuerdo.

Una *sensación*.

Y entonces la vio, allí, plantada delante de la puerta de “El Imperio de Hades”.

Y *supo*. Helena Carmen Teresa: HéCaTe.

«Con ese nombre me imagino que trabajarás en una funeraria, ¿no? Tánatos en griego...»

« (...) los tíos, son ellos los que se dejan guiar por mí»

Las palabras pronunciadas por *Ella*. Hécate. La salvación al dolor.

Trabajar en un tanatorio sería la solución. Con solo tocar un cadáver, lo podría convertir en cenizas.

Ella esperaba al otro lado de la calle. Sonreía. Cuando él se acercó, ella sin dejar de sonreír, le espetó:

- Sabía que vendrías. Estás famélico. ¿Te gusta la fruta? Porque tengo una bandeja de granadas esperándote. Aún me debes un desayuno, Atanasio Patanatos...

Después ambos desaparecieron en la oscuridad del tanatorio.

Antón Morilla, viajero temporal

Viajamos hacia atrás en el tiempo porque no teníamos nada mejor que hacer: o nos embarcábamos en una aventura ignota que nos debía llevar al siglo cuarto después de Cristo para localizar a un desertor fugado al pasado o volvíamos al frente ruso para seguir luchando contra los mutantes de los Urales. A mis diecinueve años ya había visto demasiados mutantes (de hecho, ya había comido incluso demasiados mutantes): la elección fue clara.

La pequeña cápsula temporal apenas podía contener con comodidad a tres personas, pero el funcionario insistió en que debíamos ir cuatro. “Cuatro jóvenes varones heterosexuales que llevan año y medio en una trinchera, esto promete”, recuerdo que pensé. Me recliné como pude entre Carlos y Boris y alejé pensamientos impúdicos de mi cabeza mientras el cuarto en discordia, a la sazón el comandante de la expedición, se arrellanaba en el escueto espacio restante.

—¿Estáis listos, muchachos? —preguntó el teniente Weisenhof. Nosotros asentimos sin muchas ganas. El funcionario selló la puerta y Weisenhof no se demoró en activar toda la parafernalia de mecanismos que

nos iban a trasladar dos mil años atrás—. Sonreid a la cámara, estáis en directo —dijo tras señalar a un pequeño robot que aleteaba sobre nosotros. Boris saludó como un estúpido. Carlos preguntó que si podía saludar. Yo me llevé las manos a la cabeza, cansado de tanta estupidez.

La cápsula renqueó, se levantó en el aire, giró sobre sí misma y desapareció del hangar que el Ejército tenía a las afueras de Rostov. La ausencia de ventanas nos impidió satisfacer nuestra curiosidad: ¿qué se ve al recorrer a la inversa el tiempo? ¿Luces de colores asemejando estrellas, relojes blandos, tigres dientes de sable devorando mamuts? ¿Mimos, tal vez?

Tras veinte minutos de incertidumbre, la nave temporal se posó. Weisenhof comprobó los niveles del exterior, refunfuñando.

—¿Cómo podían vivir nuestros antepasados con un nivel tan bajo de dióxido de carbono?

Por lo demás, nos comentó, el aire era respirable, la temperatura era de veintitrés grados, la humedad relativa oscilaba entre un cuarenta y un cuarenta y tres por ciento, estábamos a una altitud sobre el nivel del mar de doscientos cincuenta metros y dos de nosotros necesitábamos descargar la vejiga: razones más que suficientes para que abriéramos el portón sin demora y nos precipitáramos al exterior.

El paisaje era desolador: montones de cáscarones rotos del tamaño de tanquetas hedían a nuestro alrededor, pudriéndose bajo el tenue sol del mes de septiembre. Carlos y yo nos bajamos los pantalones y jugamos a apuntar al interior de un cascarón no particularmente descompuesto. Boris se nos acercó, jadeando.

—Esto es repugnante.

Asentimos. Weisenhof, mientras tanto, observaba desde una pequeña cima de basura cercana la llanura que se extendía bajo nuestros pies.

—Es indudable que hemos llegado al momento correcto: observad, queridos míos, el fétido y amoniacal pantano que hay al este; el cenagal del oeste, infecto de insectos de ojos facetados; el erial inmundo al norte, plagado de malas hierbas y de carroñeros ávidos de carne humana.

—El sur no parece mucho más apetecible —comentó cándidamente Boris señalando al norte. Weisenhof ignoró su interrupción.

Cargamos a nuestras espaldas los aparejos, las vituallas y el pequeño computador que debía guiarnos y descendimos el montículo de cáscaras de huevo gigantes en dirección sur. Nuestros patines todo—terreno nos permitieron alcanzar el borde de un bosque de abedules putrefactos antes de que anocheciera. Acampamos y encendimos una hoguera. Carlos cocinó un potaje insulso a base de algas deshidratadas, mutante escarchado y soja sintética. Ya con los estómagos llenos, nos tumbamos boca arriba para observar el firmamento, charlando como los cuatro camaradas varones heterosexuales que éramos.

—Qué bonitas las estrellas.

—¡Mirad! ¡Aquella nebulosa parece una pompa de jabón!

—¡Una estrella fugaz! ¡Pide un deseo! ¡Rápido, tonto!

Y así nos quedamos plácidamente dormidos.

* * *

El frío escarchado de la mañana nos desperezó lentamente. Weisenhof y Boris, que pertenecían a la secta Mileurista, cantaron sus oraciones a voz en grito; Carlos, Cristiano Hipotecario Renacido, cazó unos pequeños mamíferos vagamente parecidos a ratones y los ofreció en holocausto al Santísimo Euribor. Yo, ateo convencido desde la muerte de mis padres en un viaje en autogiro, aproveché para desayunar los restos del guiso de la noche anterior.

Nos pusimos en camino, vociferando alegremente canciones de viaje. Nuestros patines, como emocionados por nuestro ímpetu, bordeaban fácilmente los escollos del camino y nos acercaban cada vez más a nuestro destino, marcado de forma inequívoca en el monitor del computador que Boris cargaba en su mochila. Pasamos, a eso de mediodía, por entre los escombros de una aldea en la que lo único que quedaba en pie era una iglesia tosca y una quesería. Más adelante, saludamos efusivamente a los parroquianos de un burdel al aire libre, y más allá, incluso compramos algunas almendras garrapiñadas en el puesto de una viejecita tartamuda.

—¡La civilización! ¡Cómo la echaba de menos! —exclamaba Weisenhof al tiempo que entregaba a la anciana, a cambio de las viandas, unas bagatelas traídas a propósito desde nuestro tiempo.

El sol ya estaba descendiendo cuando divisamos el fin de nuestro camino: sobre una colina arcillosa y opulenta, una pequeña torre bien cuidada era el visible baluarte de una villa de piedra que se extendía en derredor suya. Érice, era el nombre del pueblo.

Nos bajamos de los patines nada más cruzar la primera casa del pueblo, en deferencia al empedrado con que estaba pavimentada la senda ascendente al minúsculo castillo. Los ericillos nos saludaban, palmeándonos los hombros y sacándonos la lengua, muy al estilo etrusco—irlandés que prevalecía en la zona. Nosotros, para no ser menos, y para demostrar que nos habíamos empapado de nuestros libros de Historia Antigua, les enseñábamos nuestros dedos corazón mientras escupíamos en los quicios de sus puertas, gesto que los nativos agradecían con aspavientos.

La puerta del castillo estaba cerrada. Weisenhof sopesó un instante el inmenso llamador de metal y lo dejó caer contra la astillada madera. Tras tres intentos, un hombrecillo de rostro cetrino (pero, no obstante, modales exquisitos) nos hizo pasar al patio de armas. Desde allí, y tras subir por una escalera de caracol, nos acomodó en una sala amplia decorada con hologramas de la Guerra Civil. Al fondo de la habitación, sentado en un sillón de orejas y fumando un inmenso puro habano, la persona que veníamos a buscar nos observaba atentamente.

—Coronel Kull: mis respetos —dijo agachando su giboso cuerpo el mayordomo, al tiempo que salía de la sala. Nosotros nos acercamos a él, no sin cierto temor. El coronel, sin pestañear, nos indicó que nos sentáramos en un tresillo de tres plazas situado junto al busto de un antiguo César romano. Acostumbrados a las estrecheces, lo hicimos sin replicar.

—Veo que me han encontrado —dijo él. Su cara era el espejo de cien batallas. También de cien huídas, por supuesto.

—Coronel, soy el teniente Weisenhof. El Alto Mando me ha enviado para requerir su vuelta a nuestro tiempo. Tiene pendientes dos Consejos de Guerra, una ejecución y una medalla póstuma al valor: lo cortés no quita lo valiente, y su labor en la batalla de Viena ha de ser recompensada.

Kull lanzó su puro a la chimenea y, tras unos instantes de indecisión, empezó a reírse con todas sus fuerzas. Nosotros nos miramos, aturridos.

—¿Coronel...? —insistió Weisenhof. Kull alzó la mano derecha, reclamando silencio.

—Señores, no bromeen. Eso fue en otro plano temporal. En este otro plano, en el que ahora nos calentamos ante esta chimenea, en el que ahora ese soldado de pocas luces se palpa el chaleco buscando una chocolatina, yo no soy un desertor. Yo soy Kull El Magnífico, señor de la guerra de Érice, protomáster de la Galia y obispo de Numancia. Fui llamado a este tiempo por el Dios uno y trino que todos adoramos para lanzar una cruzada contra las infieles ánades gigantes adoradoras de Nasdaq de más allá del Loira, y el Ejército me lo permitió —se levantó y señaló un diploma enmarcado que, sobre la chimenea, compartía espacio con una tremenda cabeza de ganso disecada—. ¿Lo ven? Un certificado de Días Propios, de puño y letra del Accionista Mayoritario.

Nos levantamos al unísono y, efectivamente, allí estaba el permiso.

—Pero entonces nosotros... —empezó a farfullar Weisenhof mientras sus ojos, por fin, se posaban sobre la pequeña tropa expedicionaria.

La túnica de seda roja abierta por detrás me quedaba de maravilla. La de Boris, un poco apretada. Carlos estaba impresionante con un salto de cama malva a juego con su peineta. El modelito de Weisenhof, sin embargo, me parecía algo pretencioso.

—En este plano temporal, señores, ustedes son de mi propiedad. Todo señor de la guerra, protomáster y obispo debe tener un harén en condiciones: les doy las gracias por regresar a Érice.

Nos cogimos de la mano y volvimos a nuestros aposentos, deseosos de ser los elegidos para pasar la noche con Kull El Magnífico. Boris me sonrió:

—Para ser un soldado varón heterosexual te ves muy lindo esta noche —me dijo.

Yo me ruboricé.
